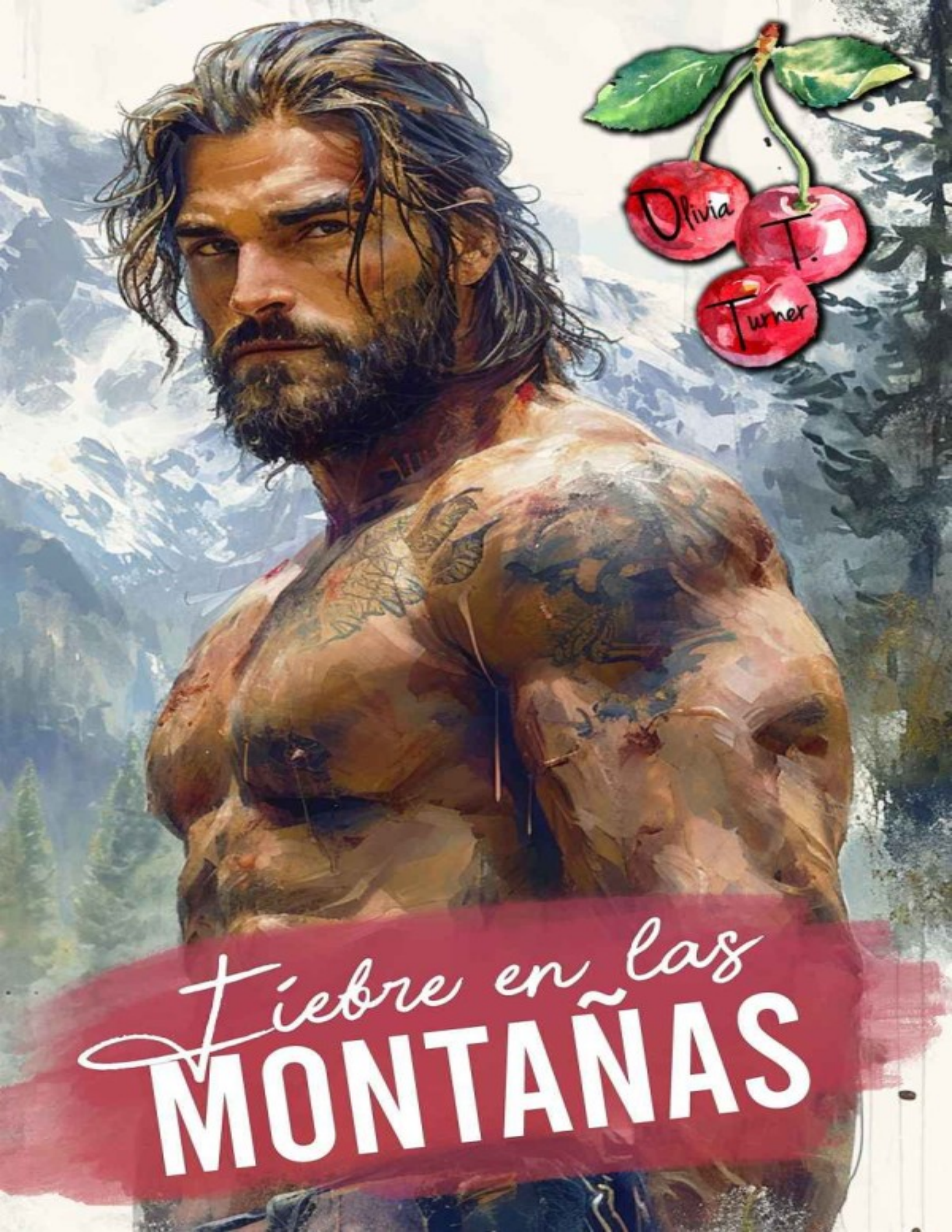

Olivia T. Turner
Fiebre en las
MONTAÑAS

FIEBRE EN LAS MONTAÑAS

LOS CHICOS DE LA MONTAÑA GREENE

LIBRO 9

OLIVIA T. TURNER



Copyright© 2025 por Olivia T. Turner.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo correo electrónico, fotocopias, impresión, grabación o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora.

Para solicitudes de permiso, envíe un correo electrónico a Olivia@oliviatturner.com.

¡Gracias por apoyar mi trabajo!

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con eventos reales, negocios, empresas, lugares o personas, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.
www.OliviaTTurner.com

ÍNDICE

Fiebre en las montañas

Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Epílogo
Epílogo
Epílogo

Otras Obras
Otras Obras

FIEBRE EN LAS MONTAÑAS

¿Qué haces cuando tienes un bajón que no se te quita?
Yo lo he intentado todo:
- Dormir todo el día (hecho).
- Hacer un maratón de Stranger Things todo el día (hecho).
- Autocompadecerme todo el día (hecho).
Pero nada funciona. Mi bajón va a peor. La depresión acecha.
Así que hago algo drástico para espabilarme.
Me voy a las montañas Greene a hacer paracaidismo con mi alocado primo y sus salvajes amigos.
Necesito un chute de adrenalina. Una descarga de endorfinas.
Y lo consigo
.Cuando veo al montañero más cañón del mundo.
Aiden Hughes.
Trabaja en el equipo de búsqueda y rescate. Y cuando, inevitablemente, me pierdo en la montaña, él viene a buscarme.
La depresión es un vago recuerdo cuando estoy en los fuertes brazos de este alfa.
El bajón ha desaparecido. El deseo ocupa su lugar.
Ahora, no solo ansío aventuras…
Ansío un nuevo comienzo. Con él.

¿A alguien le apetece un montañero cañón, con barba y un ramalazo posesivo? ¡La temperatura va a subir en las montañas Greene! ¡No te lo pierdas! Amor a primera vista en estado puro, sin cuernos y con un final feliz superdulce garantizado. ¡Que lo disfrutes!

A Dan,

Éramos tan perfectos el uno para el otro… hasta que todo salió mal. Cuando pienses en mí, espero que recuerdes aquella fuente en Londres y no el momento en que tiré todas tus cosas por la ventana.



CAPÍTULO UNO

Kylee

—Si esto no te saca de este bajón —dice mi primo Nerf mientras me lanza el paracaídas plegado—, nada lo hará.

El corazón me empieza a martillear en el pecho al bajar la vista hacia la mochila. Literalmente, tengo mi vida en las manos.

—Lo ha plegado Shully —dice Nerf asintiendo con seguridad—. Es el mejor plegador que tenemos.

Trago saliva con dificultad mientras miro de reojo a Shully, que está inclinado hurgándose los dientes en el reflejo del retrovisor lateral del Jeep, que está mugriento.

Mi vida depende de que *ese* tío pliegue correctamente un trozo enorme de nailon.

—Genial —mascullo mientras los chicos entran en el ultramarinos para coger aperitivos y bebidas.

Dejo la mochila en la parte de atrás del Jeep y sigo a mi primo. El tipo que está detrás del mostrador lo mira dos veces cuando entramos. Nerf está acostumbrado. Es un pelirrojo alto y

larguirucho, con unas orejas enormes y una cara muy peculiar. La gente siempre se le queda mirando, pero no es una de esas miradas precisamente buenas. Es la clase de mirada que le echarías a una escultura de arcilla de una niña de cuatro años mientras intentas averiguar qué es.

Los chicos están arrasando el pasillo de las patatas fritas. Cogen todas las que pueden llevar en las manos antes de dirigirse a la nevera de los refrescos y empezar a cargarse de Mountain Dew. Me río, porque estos tíos son exactamente el tipo de gente que sale en los anuncios de Mountain Dew: unos locos aventureros que se pasan el tiempo libre haciendo actividades que intentan matarlos.

—¿Quieres? —me pregunta Nerf mientras me lanza una botella roja y fría de Mountain Dew Code Red.

La cojo al vuelo con una risita.

—Claro.

No lo he probado nunca y no estoy del todo segura de que sea apto para el consumo humano, pero donde fueres, haz lo que vieres, y cuando estás con unos salvajes adictos a la adrenalina, te arriesgas a todo, incluso a una indigestión.

Ha sido un mes difícil para mí. He estado hundida en un pozo oscuro.

Quedarme en la cama compadeciéndome de mí misma ha sido mi método preferido para sobrellevarlo, pero no está funcionando. No me siento mejor. Solo está empeorando las cosas.

Supe que la cosa era grave cuando mi madre vino y me sugirió que pasara el fin de semana con Nerf. Nerf y sus colegas no son el tipo de gente con la que quieres que anden tus hijos. No porque sea más probable que te metas en líos, sino porque es más probable que te mueras. Siempre están haciendo locuras. Hacían parkour antes de que tuviera nombre. Ni siquiera lo grababan en vídeo y lo subían a

YouTube para conseguir clics y fama. Saltaban de edificio en edificio, se subían a torres de radio y se colgaban de una mano por pura diversión. Hacen todas estas locuras para sí mismos.

Necesitaba algo que me sacara de mi melancólico letargo después de que la vida que tanto me había currado se desmoronara, así que le envié un mensaje.

Me respondió con cinco palabras y un número:

Estate lista el sábado a las ocho

Me dio demasiado miedo preguntar qué tenía planeado. Podía ser cualquier cosa. Montar en moto de cross por el borde de acantilados, hacer parapente por las montañas, volar con traje de alas sobre el bosque, surfear olas gigantes, nadar con tiburones letales, escalar sin cuerdas. Lo han hecho todo.

Por eso, me sentí aliviada cuando me recogió y anunció que íbamos a hacer paracaidismo desde una avioneta en las montañas Greene.

Saltar de un avión es mejor que flotar al lado de un gran tiburón blanco, pero sigue siendo aterrador. Nos precipitaremos por la atmósfera con solo una mochila atada a la espalda. Estoy empezando a darme cuenta de ello ahora y me estoy poniendo muy nerviosa.

—¿Estás seguro de que esto es seguro? —le susurro a Nerf mientras su amigo Tito lo paga todo. Tito se hizo de oro con el Bitcoin y financia todas las actividades salvajes del grupo, incluida la excesiva cantidad de Mountain Dew.

Nerf me dedica esa sonrisa arrogante suya.

—Estás de bajón, ¿verdad?

Suspiro.

—Sí.

—Tienes una nube negra sobre la cabeza después de lo que pasó, ¿verdad?

Asiento.

—Lo que necesitas es un chute de adrenalina para sacudirte toda esa oscuridad de encima —dice, encogiéndose de sus delgados hombros—. Ya verás. Tu cerebro se inundará de tal cantidad de endorfinas que no podrás parar de sonreír, y entonces podrás cerrar este capítulo y empezar uno nuevo habiendo hecho algo loco y aventurero.

No estoy del todo segura de estar de acuerdo con su lógica, pero todos empiezan a correr de vuelta al Jeep y yo me armo de valor y los sigo.

Espero que tenga razón. Necesito algo que le dé una sacudida a mi vida.

El capítulo en el que me encontraba ha terminado de verdad y necesito empezar uno nuevo. Supongo que tengo el bloqueo del escritor o algo así, porque siento que estoy mirando una página en blanco, sin saber qué poner en ella.

A lo mejor tengo que empezar en un sitio nuevo, me digo a mí misma mientras salgo y contemplo el adorable pueblo de montaña.

Me imagino viviendo en un lugar como este. Cada día sería como una película encantadora, con las aceras empedradas, las tiendecitas y restaurantes monos, y las majestuosas montañas que se elevan hacia el cielo por todas partes. Es espectacular.

Estamos a finales de verano, así que todas las flores plantadas alrededor de las farolas de estilo antiguo rebosan de preciosos pétalos de colores. Familias y gente feliz pasean por todas partes. Veo a una pareja joven con un niño pequeño adorable caminando de la mano. El hombre es un gigante musculoso con una barba larga y el pelo muy corto.

Sonrío mientras miro a su afortunada esposa. Quizá en eso deba consistir mi próximo capítulo: sentar la cabeza con un hombretón y tener un hijo precioso.

—¡Vámonos, Kylee! —grita Nerf mientras golpea el lateral del Jeep con la palma de la mano. Están todos metidos dentro, esperándome—. Es hora de volar. Literalmente.

Inspiro hondo, le dedico una última mirada a la feliz familia y me subo al Jeep para esperar mi destino.

Justo cuando entro en el Jeep y cierro la puerta trasera, una camioneta de Búsqueda y Rescate aparca en el sitio de al lado.

—*Vaya…* —susurro para mis adentros cuando el conductor se baja y nos mira. Es *guapísimo*. Unos ojos azules penetrantes en un rostro despampanante. Su pelo castaño es largo y está alborotado, de una forma salvaje y sexi. No voy a olvidar a este hombre en mucho tiempo. Es grande y alto, de hombros anchos y brazos musculosos. La camiseta azul marino de Búsqueda y Rescate que lleva está ceñida a su cuerpo y deja ver su enorme pecho y sus bíceps tatuados. No puedo apartar la mirada.

Una fantasía en la que me pierdo en el monte y este pivonazo me encuentra aparece en mi mente, y sé que no se irá fácilmente. Es un hombre de ensueño.

Me humedezco los labios y me hundo un poco más en mi asiento cuando se gira y nos mira. Primero ve a Nerf, que está al volante a punto de marcharse. Nerf arranca el motor y la música rock sale a todo volumen de los altavoces.

El hombre entrecierra los ojos. Siento el impulso de explicarle que normalmente no salgo con estos tíos y que yo no he elegido el volumen de la música escandalosamente alta.

Pero aún ni me ha mirado. No sabe que existo.

Sus preciosos ojos llegan por fin al asiento de atrás, donde estoy sentada, y se queda con la boca abierta cuando me ve. Abre los ojos como platos y se pone rígido, mirándome conmocionado.

Ambos nos miramos en un silencio atónito mientras el Jeep empieza a dar marcha atrás. Estoy a punto de gritarle a Nerf que pare, pero el hombre se lanza hacia delante y rodea su camioneta a la carrera.

—Un momento —le dice a Nerf con la mano en alto.

Nerf no le hace caso, así que le pongo una mano en el hombro. —Espera un segundo. Por favor.

Noto la irritación de mi primo, pero detiene el Jeep y baja el volumen. —¿Es usted poli?

—No —dice el hombre mientras sus ojos vuelven a mí—. De Búsqueda y Rescate.

—Bueno, pues no necesitamos ninguna de las dos cosas, así que gracias. —Nerf intenta dar marcha atrás de nuevo, pero le aprieto el hombro y duda.

—¿Van ustedes a hacer senderismo por las montañas? —pregunta el hombre. Me *encanta* su voz. Es tan profunda, con un ligero deje gutural. Está increíblemente bueno.

—Vamos a tirarnos en paracaídas —dice Shully—. El avión nos espera, colega.

—¿Van a tirarse en paracaídas? —dice mientras me mira directamente. De repente parece preocupado, como si la idea de que yo salte de un avión le revolviera el estómago.

—Sí —digo, sonando probablemente tan preocupada como él.

—Es demasiado peligroso —dice con un aire de desesperación—. Hoy hay fuertes ráfagas de viento arremolinándose en las montañas. ¿Dónde van a aterrizar?

—Todo controlado, colega —dice Shully, poniendo los ojos en blanco—. Aterrizamos en el valle, en la cara este.

Me mira fijamente. Esos ojos azules están clavados en mí con una ferocidad que me deja sin aliento.

—No vaya —dice—. Por favor.

—Estaremos bien —dice Nerf mientras vuelve a subir la música y mete la marcha atrás—. Hemos hecho esto un porrón de veces.

Al hombre no parecen preocuparle en absoluto. Sus ojos ardientes están fijos en mí mientras salgo despedida hacia atrás, a la calle.

No le quito los ojos de encima mientras el Jeep se detiene con una sacudida y luego se lanza hacia delante.

Giro la cabeza y lo observo todo el tiempo que puedo. Él no me quita los ojos de encima mientras nos alejamos a toda velocidad por la calle y luego giramos.

¿Qué ha sido eso?

Este sitio parece de película. Ha sido como el comienzo de una épica película romántica donde los dos protagonistas se conocen y sus mundos se tambalean para siempre.

Todavía estoy conmocionada cuando llegamos a la pequeña pista de aterrizaje y nos bajamos del Jeep. No puedo quitármelo de la cabeza mientras me pongo el mono y Nerf me ata el paracaídas al cuerpo.

Es como si se me olvidara ponerme nerviosa. Se me olvida ser cualquier cosa con ese hombre tan guapo dominando mis pensamientos.

Miro por la ventanilla en silencio, observando las espectaculares montañas mientras el avión se eleva en el cielo.

Nunca antes había tenido un momento como ese: tan intenso, tan inesperado, tan repentino. Fue como el amor a primera vista o

ver a tu alma gemela por primera vez.

Ese era el subidón de adrenalina que necesitaba. *Eso* me sacará de mi bache.

Quiero más de *eso*.

De repente, la puerta se abre y un viento rugiente y violento llena la cabina. Mi pelo castaño se arremolina alrededor de mi cabeza mientras veo a Shully desaparecer por la abertura.

—Joder —jadeo cuando no veo más que nubes por la puerta.

Tito es el siguiente, luego Nicky.

—Tu turno, primita —me grita Nerf en la cara.

Se me hiela todo el cuerpo mientras lo miro horrorizada. No quiero saltar. Quiero ir a buscar a ese hombre.

—Dile adiós a esa nube negra y hola a la adrenalina —dice mientras me coge por los brazos y me pone de pie de un tirón.

Quiero explicarle que ya estoy bien. Que he encontrado algo que me ilusiona. Que estoy lista para empezar un nuevo capítulo y que no tiene nada que ver con saltar de un avión en marcha.

Pero el viento es demasiado fuerte, yo soy demasiado lenta y Nerf es demasiado impaciente.

Me sujeta el brazo con una fuerza de hierro mientras corre hacia la puerta abierta, arrastrándome con él.

Grito mientras salimos volando del avión y caemos en picado en el inmenso cielo azul.

CAPÍTULO DOS

Aiden

—¿Aiden, qué coño haces, tío? —grita Tyler mientras desato su caballo y me subo de un salto.

El corpulento dueño de los Establos de Greene Mountain viene corriendo hacia mí, con cara de estar muy cabreado porque le estoy birlado un caballo.

—Te pagaré cuando vuelva —digo, con la voz y el corazón acelerados. Necesito adentrarme en estas montañas cuanto antes para asegurarme de que está bien.

Solo quiero volver a verla. Posar mis ojos en su rostro deslumbrante. Esos ojos… Esos labios… Me tiene obsesionado.

—Así no funciona esta mierda, tío —dice Tyler con las manos en las caderas—. Tienes que pedir permiso antes de llevarte mis caballos.

Quiero explicarle que todo acaba de cambiar, que mi vida se ha puesto patas arriba en un instante, pero apenas puedo hablar. Estoy desesperado por volver con ella.

—Es que… ha surgido una emergencia. Lo necesito.

—¿Alguien se ha perdido?

—*Sí* —resoplo—. Yo.

Nunca me he sentido más perdido en mi vida. Desde que la vi, he sentido que estaba en caída libre.

—Está bien —gruñe Tyler—. Llévatela. Pero no vuelvas a hacer esta mierda.

—¡Gracias! —grito mientras salgo disparado con la yegua. Es la más rápida del pueblo. Una preciosa yegua blanca llamada Otter.

Sus patas bombean mientras la dirijo hacia el valle, en la ladera este de las montañas. Ahí es donde va a aterrizar mi chica, y ahí estaré yo para recibirla.

Me ha dejado aturdido mientras veía cómo sus amigos se marchaban, llevándose mi corazón con ellos. Ahora me siento vacío. No sé qué es esto, pero sé que mi vida nunca volverá a ser la misma.

Siempre he estado contento con mi vida de soltero. Trabajar en Búsqueda y Rescate, explorar las montañas, hacer ejercicio, ir al pub con los amigos y dibujar mapas en mi tiempo libre era todo lo que necesitaba.

Veía lo que tenían Colin y Julian —esposas, hijos, familias que los querían— y me alegraba por ellos, pero también sentía que eso no era para mí. Como un par de zapatos que no te quedan bien. Ese estilo de vida no me atraía en absoluto.

Pero ahora… saber que ese ángel existe… es en lo único en lo que puedo pensar.

La quiero a ella. Quiero que sea ella. Quiero amarla el resto de mi vida y formar una familia con ella. Quiero dejarla embarazada. Llenar la casa entera de críos.

—¿Pero qué coño te pasa? —murmullo para mí mientras Otter salta por encima de un árbol caído y sube la pendiente a un ritmo temerario—. Ni siquiera la conoces. No has hablado con ella. Ni siquiera sabes su nombre.

Pero incluso mientras lo digo, sé que nada de eso importa. Cuando lo sabes, lo sabes.

Y yo lo sé.

Volamos a través de las montañas de camino al lugar de aterrizaje. Es un día de finales de verano con el sol brillando, pero una agradable brisa ondula la hierba alta, así que no hace demasiado calor.

Esta es una zona espectacular. Me encanta venir de excursión de vez en cuando y contemplar las majestuosas y altas montañas que han permanecido aquí durante millones de años, y me pregunto qué historias podrían contar. Vieron a los dinosaurios vagar por estos valles. Llevan el peso de la historia en sus escarpadas formas.

Pero ahora mismo, no les dedico ni una segunda mirada. Estoy mirando al cielo azul, intentando encontrarla. Intentando localizar a mi ángel descendiendo del cielo.

El corazón me da un vuelco cuando veo un paracaídas de colores descendiendo, y luego otro. Cuento cinco, pero no sé cuál es el de mi chica.

—Vamos —le digo, instando a Otter a seguir. Los paracaídas desaparecen tras las montañas mientras nos apresuramos a su encuentro en el valle. Esta es la parte que más me preocupa. El viento puede ser feroz e impredecible alrededor de las montañas. Pueden desviar fácilmente a un paracaidista inexperto en una dirección inesperada.

Otter se está ganando sin duda la bolsa de manzanas que le voy a comprar después de esto mientras galopa por la falda de la

montaña. Rodeamos la base hasta que el valle aparece a la vista.

Vuelvo a mirar hacia arriba y cuento cuatro que bajan a toda mecha.

Mis ojos saltan de uno a otro. Ya están lo suficientemente cerca como para verles las caras.

—¿Dónde está? —jadeo, y se me encoge el estómago de pánico mientras busco frenéticamente en el cielo.

Ha desaparecido.

El conductor del Jeep, el pelirrojo alto y larguirucho, aterriza primero. Dirijo a Otter hacia él y corro a su encuentro.

Está recogiendo su paracaídas cuando llego.

—¿Dónde está ella? —le ladro.

Echa la cabeza hacia atrás, sorprendido al verme—. Eres el de la tienda. El tío de Búsqueda y Rescate, ¿verdad?

Salto de Otter y me planto justo delante de él—. ¿Dónde está?

Se queda desconcertado por mi agresividad hasta que se da cuenta de lo que le estoy preguntando.

—¡Oh, mierda! —dice mientras empieza a buscarla con la mirada —. ¿Adónde ha ido?

Otros dos aterrizan cerca.

—¡Eh! —grita el pelirrojo—. ¿Alguno habéis visto a Kylee?

Kylee. Un nombre precioso para una chica preciosa.

—Sí —grita uno de ellos—. El viento se la ha llevado por detrás de ese pico.

—*Mierda* —murmura el pelirrojo.

Se vuelve hacia mí, pero yo ya estoy saltando de nuevo sobre Otter, esperando que a la veloz yegua aún le quede gasolina en el depósito. La vamos a necesitar.

—¡Vamos! —grito mientras impulso a la yegua hacia adelante. Otter sale disparada como un cohete.

El tipo grita algo a nuestra espalda, pero no lo oigo por encima de los latidos que retumban en mis oídos, y no pienso frenar por él ni por nada.

Voy a encontrar a mi chica.

Y una vez que la encuentre, no la dejaré marchar jamás.

CAPÍTULO TRES

Kylee

Aterrizo bruscamente.

Y de mala manera.

Se me tuerce el tobillo, pero soy tan flexible que no me hago ningún daño. He tenido aterrizajes mucho peores que este.

No le doy importancia mientras miro a mi alrededor tragando saliva. Esto no es un valle. Sigo en la montaña.

Y no estoy segura de qué dirección tomar.

—Hacia abajo, obviamente —mascullo para mis adentros mientras me bajo la cremallera del traje de paracaidismo y me lo quito. Debajo llevo una camiseta de tirantes y unos shorts vaqueros.

Intento recoger el paracaídas y hacerlo una bola que quepa en la mochila, pero ni de lejos consigo que entre. Supongo que tengo que respetar un poco más a Shully. Se le da bastante bien esto.

Sudo la gota gorda intentando meterlo a la fuerza hasta que me empieza a vibrar el muslo.

—¿Sí? —digo al contestar al móvil. Es mi primo, Nerf.

—¿Dónde estás?

—No lo sé. He aterrizado en la montaña.

—¿En qué parte de la montaña?

Miro a mi alrededor y suspiro. —Al lado de una roca grande.

Resopla. —*Eso no ayuda mucho.*

—¡Pues no lo sé! —replico, tratando de no perder los estribos—. He aterrizado en la ladera de la montaña, no sé dónde. ¿Te crees que soy una salvaje que conoce estas montañas como la palma de su mano?

—¿Puedes bajar andando?

—¡Sí, si consigo plegar el puto paracaídas! —exclamo mientras lo meto a puñetazos en la bolsa.

—*Vale* —dice con tono impaciente—. *Date prisa, que tenemos hambre.*

Y cuelga.

—¡Joder, pues qué bien! —digo mientras le doy un puñetazo al paracaídas apelotonado. Supongo que esto es lo que pasa cuando sales con un hombretón que se llama Nerf.

Golpeo y pateo el paracaídas, apaleándolo hasta someterlo, hasta que más o menos puedo cerrar la mochila con las dos correas. Me la echo a los hombros, me ato el mono a la cintura y miro a mi alrededor.

Estoy en un pequeño claro, rodeada de árboles altos. Tendré que atravesar el bosque durante la mayor parte del descenso, pero si sigo bajando por la pendiente, no debería haber problema. No puede ser tan difícil no perderse. A fin de cuentas, puedo ver el pueblo ahí abajo. Solo tengo que mantener la orientación e ir directa hacia él.

Mi mente vuelve a pensar en el hombre de la tienda de ultramarinos mientras empiezo a bajar. Me estremezco al recordar la

forma tan ardiente en que me miraba, con tanta intensidad y deseo. Nunca un hombre me había mirado así, como si no pudiera aguantar ni un segundo más sin mis labios sobre los suyos.

Estoy dándole vueltas a ese hombre hasta que recuerdo que tengo el móvil. Ahogo un grito mientras lo saco a toda prisa y busco en Google «Rescate de Montaña de Greene».

Aparecen tres nombres:

Colin Hill.

Julian Long.

Aiden Hughes.

Hago clic en Colin y luego en Julian. Ambos son guapos, pero no son el hombre que busco.

Siento un cosquilleo por todo el cuerpo mientras la yema de mi dedo se cierne sobre el nombre de Aiden Hughes. Tiene que ser él. Disfruto de la expectación un segundo más y luego pulso su nombre.

Aparece una foto suya y se me escapa un gemidito. Está sexy de infarto, de pie en las montañas con los brazos cruzados y una mirada ardiente en el rostro mientras mira fijamente a la cámara.

Dejo de caminar y me quedo mirándola un buen rato. De verdad que quiero volver a verlo.

El corazón me late con fuerza mientras leo su biografía. Tiene veintiocho años y nació y se crio en las montañas Greene. Ha salvado a diecinueve excursionistas perdidos en sus diez años de carrera y es cartógrafo aficionado, sea lo que sea que signifique eso.

Vuelvo a subir hasta su foto y todo mi cuerpo entra en calor mientras contemplo esos impresionantes ojos azules. No puedo evitar sonreír mientras lo miro. Está cañón.

Un movimiento entre los árboles me llama la atención y levanto la cabeza de golpe, conteniendo el aliento.

—¿Qué ha sido eso? —susurro mientras se me erizan los pelos de la nuca.

Miro frenéticamente a mi alrededor, temiéndome lo peor, y entonces lo veo.

Lo peor. Es literalmente lo peor.

Un lobo.

Uno grande y negro que se mueve sigilosamente entre los árboles con la cabeza gacha y sus oscuros ojos marrones fijos en mí. Suelta un gruñido grave mientras se le eriza el pelo del lomo.

—Oh, mierda —susurro mientras se da la vuelta, moviéndose de un lado a otro delante de mí. Está a unos cincuenta metros, o medio campo de fútbol, y no quiero que se acerque más.

—¡Largo! —grito agitando las manos en el aire. Si me hago más grande y ruidosa, quizá se asuste y salga corriendo. O quizá el alboroto les suene a todos sus amigos hambrientos como la campana que anuncia la cena.

Aun así, tengo que hacer algo. Abro rápidamente la aplicación de Spotify en mi móvil, subo el volumen a tope y le doy al play. Lo último que estaba escuchando era mi lista de hip hop de los 90, así que Notorious B.I.G. empieza a rapear por todo el bosque a todo volumen.

Hypnotize no lo asusta, y tampoco *Juicy* cuando cambia la canción. Sigue yendo y viniendo entre los árboles, observándome con esos aterradores ojos voraces.

—Vale —me digo—. No vamos por ahí. Demos la vuelta.

Me giro lentamente para desandar el camino montaña arriba, pero me detengo en seco al ver otros tres lobos más arriba en la pendiente. Todos me están observando.

—No —jadeo—. ¡Mierda, otro más!

Hay cuatro, no, *cinco* lobos más que parecen dispuestos a hacerme pedazos. La manada entera está aquí para una cena familiar.

Empiezan a bajar la pendiente hacia mí con descaro. Giro la cabeza bruscamente y maldigo al ver que el enorme lobo negro está ahora a solo unos veinte metros de distancia.

—Ni hablar —digo mientras suelto la mochila y me quito el mono de un tirón—. Ni hablar, ni hablar, ni hablar.

Salto al árbol más cercano y trepo por él tan rápido como puedo. Los lobos echan a correr como una exhalación, gruñendo y mostrando los dientes con ferocidad mientras se abalanzan sobre mí como borrones peludos. El móvil se me resbala de la mano cuando voy a agarrar una rama.

Mis dedos se aferran a la corteza rugosa, igual que se aferraron a las barras de metal tantas veces en los entrenamientos, y me impulso hacia arriba justo cuando llegan los lobos babeantes.

Gruñen y lanzan dentelladas mientras saltan, intentando alcanzarme el pie, pero consigo usar mi agilidad y flexibilidad para subirme a la rama y posarme en ella fuera de su alcance.

Madre mía. Si no hubiese hecho gimnasia durante todos esos años, ahora mismo me estarían despedazando.

—¡No! —grito cuando el lobo negro se yergue sobre sus patas traseras y se estira, arañando el tronco del árbol con las delanteras —. ¡Perro malo! *¡Fuera!*

Otro lobo está olisqueando mi móvil. Otro, mi mochila. Los otros tres merodean con sus ojos hambrientos fijos en mí.

Al menos, aquí arriba estoy a salvo. Los lobos no pueden trepar a los árboles. Mientras me quede encaramada a esta rama, no podrán alcanzarme.

Un fuerte crujido rasga el bosque y, de repente, me estoy cayendo.

¡No! La rama se ha partido del árbol y me ha arrastrado con ella.

Caigo con fuerza, sobresaltando a los lobos por un segundo. Todos se apartan de un salto, pero se giran de nuevo enseguida, gruñendo alegremente al ver mi culo plantado en el suelo.

Agarro la rama traicionera que se ha roto y la sostengo como si fuera un arma mientras ellos se acercan lentamente.

—¡Dejadme en paz! —grito mientras agito la rama hacia ellos. El pulso se me acelera cuando una nueva descarga de adrenalina me recorre las venas—. ¡Fuera!

Se dispersan y empiezan a rodearme, así que retrocedo hasta el árbol, blandiendo la rama contra los que se acercan.

La canción cambia y empieza a sonar *Shoop* de Salt-N-Pepa. Esta canción divertida y animada va a ser la banda sonora de mi horrible muerte.

Consigo mantener a los lobos a raya con el palo, pero al lobo negro no le intimida mi bate de béisbol improvisado. Avanza sigilosamente hacia mí con la cabeza gacha, mostrando sus afilados dientes y curvando el labio en un gruñido feroz. Agito el palo hacia él con torpeza. Apuesto a que, si pudiera reír, se estaría partiendo la caja con mi patético intento de violencia. Ni siquiera se inmuta mientras avanza centímetro a centímetro.

—¡Eh! —retumba una voz masculina, grave y potente, que hace que todos los lobos giren la cabeza.

Todos empiezan a dispersarse, excepto el lobo negro. Sigue mirándome fijamente, todavía no está listo para renunciar a su comida.

Entonces es cuando lo veo. A Aiden, el puto Hughes, llegando a lomos de un enorme caballo blanco como el héroe que es.

No tiene miedo. Es valiente. Está jodidamente bueno mientras carga hacia delante, ahuyentando a todos los lobos.

Incluso el negro se ve obligado a huir cuando Aiden llega atronando sobre su caballo, con los cascos martilleando el suelo del bosque mientras lanza un sexi grito de guerra para salvarme.

El alivio me inunda desde mis rodillas temblorosas hasta mis ojos abiertos de par en par. Lo miro con asombro mientras se acerca a toda prisa y detiene el caballo frente a mí. El animal se encabrita y emite un relincho al ser frenado en seco desde un galope tendido.

Aiden no aparta sus preciosos ojos azules de mí mientras el caballo se alza y luego se posa de nuevo.

—Venga —dice mientras me tiende una mano grande y fuerte.

Cojo el móvil del suelo, me lo meto en el bolsillo de mis pantalones cortos vaqueros y me agarro a la mano salvadora que me ofrece.

Su mano es más suave de lo que pensaba. Ese es el primer pensamiento que me viene a la mente mientras me agarra y me sube al caballo delante de él.

De repente, mi espalda está pegada contra su musculoso pecho y sus grandes brazos me rodean mientras coge las riendas. Siento el latido de su corazón contra mi hombro. Siento su aliento caliente en la nuca.

Y en cuanto lanza el caballo al galope para alejarnos de esta escena del casi crimen canino, siento su polla dura encajada contra la parte alta de mi culo, rozándose y botando con cada galope de los cascos de su caballo.

CAPÍTULO CUATRO

Kylee

Intento reprimir los gemidos mientras la dura polla de Aiden se frota contra mí. Con el vaivén del caballo y sus grandes y musculosos brazos rodeándome, de repente siento un calor abrasador ahí abajo. *Ardo* en deseos mientras nos alejamos.

Se me corta la respiración cuando me fijo en sus gruesos antebrazos. Están tensos y contraídos, recorridos por largas venas, mientras guía al caballo al galope por la empinada montaña.

Miro hacia atrás para ver si los lobos nos siguen y trago saliva al ver a tres de ellos pisándonos los talones, corriendo entre los árboles y saltando por encima de las rocas. Ese lobo negro cabrón va en cabeza. No piensa rendirse. ¿De verdad parezco tan apetitosa?

—Ya te tengo —me gruñe Aiden al oído—. Estás a salvo conmigo, Kylee. No te soltaré jamás.

Me hundo en su abrazo, sintiéndome segura y a salvo mientras le dejo encargarse de la situación y cuidar de mí.

Guía al caballo montaña abajo y lo saca de entre los árboles. El sol radiante nos da de lleno mientras bajamos a toda velocidad por la ladera cubierta de hierba de la montaña.

—Se han ido —susurra mientras reduce la marcha del caballo al trote—. No nos seguirán hasta aquí, a campo abierto.

Tengo que verlo para creerlo. Me doy la vuelta y rezo una pequeña plegaria de alivio al no ver a ningún lobo hambriento detrás de nosotros. Tendrán que buscar otra cosa para cenar.

«Insane In The Brain» de Cypress Hill empieza a sonar en el móvil que llevo en el bolsillo. Por fin puedo meter la mano y sacarlo sin peligro.

—Lo siento —digo con una risita nerviosa mientras apago la canción.

—No pasa nada —dice con esa voz grave y retumbante que hace que se me erice la piel—. Nunca había rescatado a nadie con banda sonora.

—La próxima vez te pondré algo más guay, como *Thunderstruck* de ACDC o algo así.

Se ríe. —No sé. A mí me ha gustado lo de Salt-N-Pepa.

—Gracias por salvarme —digo, deseando tener algo mejor que decir. Me parece que un «gracias» no es suficiente a cambio de que alguien te salve la vida. Quiero decir, es lo que dices cuando alguien te pasa una caja de pañuelos. Seguramente se requiere algo más cuando alguien arriesga su vida para salvar la tuya.

—Ha sido un placer —susurra él.

Me giro y lo miro. Me sonríe con una sonrisa tan cálida y afectuosa que hace que me derrita por dentro.

Quizás un «gracias» sea suficiente. Desde luego, él parece contento con el resultado.

—¿Cómo me has encontrado? —le pregunto mientras su caballo blanco desciende por la hierba alta.

—Sabía en qué dirección ibas —dice—. Uno de los chicos con los que estabas te vio desviarte, así que vine por aquí. Y luego, cuando me acerqué, oí los gruñidos, los gritos y el hip hop de los noventa.

Niego con la cabeza y me río. —Cuando era adolescente, mi madre me decía que escuchar música explícita me pudriría el cerebro. Quién le iba a decir que me salvaría la vida.

Se ríe mientras detiene el caballo.

—Voy a dejar que Otter descanse —dice mientras se baja de un salto—. La he forzado bastante para llegar hasta ti.

—Oh, no —digo, sintiéndome fatal—. ¡Lo siento, Otter!

Me bajo también de un salto y le paso la mano por la paletilla. —Gracias —susurro.

Sé que un «gracias» no significa una mierda para un caballo, pero lo digo de todos modos.

—Hay un arroyo ahí abajo —dice Aiden, señalando un grupo de árboles—. Seguro que le apetece un trago.

—Pues vamos —digo mientras cojo las riendas y abro paso.

Aiden camina a mi lado y de repente me doy cuenta de lo alto que es ahora que estoy de pie junto a él. La parte superior de mi cabeza le llega a la barbilla.

—¿Has disfrutado del salto? —pregunta.

—La verdad es que no —digo con una risita—. Ha sido incluso más peligroso de lo que me advertiste. Debería haberte hecho caso.

Él se limita a sonreírme. —A veces hay que arriesgarse y saltar por muy aterrador que parezca.

Nuestras miradas se sostienen durante un largo momento hasta que tropiezo en una zona irregular del suelo y arruino el instante. *Qué fina, Kylee*.

—Normalmente no hago locuras como esa —digo manteniendo la vista en el suelo—. Es solo que últimamente he estado un poco de bajón y necesitaba espabilar.

—¿De bajón? —dice con los ojos fijos en mí—. ¿Por qué?

Respiro hondo mientras contemplo la impresionante vista. Por todas partes, hasta donde alcanza la vista, se extienden altas y majestuosas montañas que se pierden en el horizonte.

—He competido en gimnasia toda mi vida —digo, soltándolo todo —. En realidad, era todo lo que tenía. Todas mis amigas son gimnastas. Era lo único que hacía.

Él se limita a escuchar, esperando pacientemente a que ordene mis pensamientos.

—Fui a los Juegos Olímpicos cuando tenía diecinueve años.

—¿De verdad? —dice, con aire impresionado.

—Sí. Quedé quinta.

—Eso es increíble.

—No es tan increíble a menos que vuelvas con una medalla.

Él niega con la cabeza mientras me mira. —Sí que lo es. Es increíble.

Respiro hondo mientras seguimos caminando. Estoy agachándome para pasar por debajo de una rama cuando oigo el murmullo del arroyo más adelante. Otter recupera energías de repente al darse cuenta de que está a punto de beber un trago de agua fresca y tenemos que acelerar el paso para seguirla.

—Tenía pensado ir a los próximos Juegos Olímpicos —continúo mientras el arroyo aparece a la vista—. Tenía grandes planes para redimirme y volver con una medalla..., pero hace un par de semanas me enteré de que me habían dejado fuera del equipo.

Sus ojos azules se enternecen mientras escucha. Esa mano grande se extiende y envuelve la mía.

Siento una gratitud inmensa mientras deslizo mis dedos entre los suyos y sujeto su cálida mano.

—Es lo que tenemos las gimnastas —digo con un suspiro—. Nuestro mejor momento llega pronto. Solo tengo veintidós años y ya me toca retirarme.

—Pero ya has logrado muchísimo —dice él en un tono tranquilizador—. No me cabe la menor duda de que vas a hacer cosas aún más increíbles.

—¿Cómo qué? —pregunto, sintiéndome perdida—. La gimnasia ha sido toda mi vida hasta ahora.

Él sonríe cuando llegamos al arroyo. —Ya encontraremos algo para mantenerte ocupada.

No puedo evitar sonreír, preguntándome qué tendrá en mente. Se me ocurren unas cuantas cosas en las que podría mantenerme ocupada con este hombre tan guapo.

De más joven, le prometí a mi madre que traería una medalla olímpica a la familia. Sé que está orgullosa de mí de todas formas, pero me temo que esa promesa pesará sobre mí el resto de mi vida, como un cabo suelto que nunca podré atar.

Otter bebe el agua del arroyo con ganas. Ambos nos reímos mientras la vemos tragársela como si fuera una aspiradora.

—Esos tíos… —dice Aiden, tensándose de repente—. ¿Alguno de ellos es… tu novio?

No me mira mientras espera mi respuesta. ¿Está… celoso? ¡No puede ser, lo está!

¡Sí!

Me muerdo el labio inferior, intentando ocultar la enorme sonrisa que se dibuja en mi cara.

—No —le digo—. No son exactamente mi tipo. El pelirrojo alto es mi primo, Nerf.

—¿Nerf?

Me encojo de hombros. —Ni preguntes.

Se ríe y niega con la cabeza, aliviado. —De acuerdo, no lo haré.

—¿Tienes… novio esperándote en casa?

Vaya, sí que está interesado. No me lo puedo creer.

—Estoy soltera —digo con una sonrisita tonta—. ¿Y tú?

Me clava la mirada, incapaz de ocultar su emoción. —Yo también estoy soltero.

El bosque se caldea mientras mantenemos el contacto visual. Solo nos separamos cuando Otter levanta la cabeza del arroyo y emite un extraño eructo.

Aiden se ríe entre dientes mientras se acerca y le acaricia el cuello. —Tranquila, chica. Podemos tomarnos todo el tiempo que quieras.

Él tiene los ojos puestos en la yegua y yo los tengo puestos en él. Recorren todo su cuerpo musculoso mientras me pregunto cómo sería tenerlo tumbado encima de mí, presionando su peso contra el mío, haciéndome gemir.

El torbellino de mis entrañas baja hasta mis piernas mientras le miro sin reparo los enormes brazos tatuados, que resultan de lo más tentadores mientras acaricia a la yegua.

Toda clase de sentimientos nuevos y desconocidos florecen en mi interior. He estado tan centrada en competir que nunca he sacado tiempo para un novio. Tampoco ha ayudado el hecho de haber estado inmersa en un ambiente exclusivamente femenino durante años.

Los flic-flacs delanteros y traseros en la barra de equilibrio sustituyeron a las citas, perfeccioné los mortales hacia atrás en lugar de mi técnica para besar y pasé mi tiempo libre soñando con alzar una medalla en lugar de soñar con cogerle la mano a un chico.

No saqué tiempo para nada de eso.

Los flechazos, el deseo y todo ese mundo de chicos no eran más que una distracción. Una pérdida de tiempo. Lo excluí y lo eliminé de mi vida.

No iba a dejar que ningún chico se interpusiera en mis sueños.

Y tampoco es que conociera a ninguno que me hiciera reconsiderar mi postura. Todos los chicos del instituto eran solo eso: chicos.

No eran como Aiden.

Aiden es un hombre de verdad. Vive en las montañas y se pasa el día salvando a gente.

Estaba rodeada de lobos hambrientos y él cargó contra ellos sin dudarlo ni sentir miedo. Me cogió y me llevó a un lugar seguro como si fuera un día más en la oficina.

Es tan sexi. No puedo dejar de mirarlo.

Por primera vez en mi vida, el verdadero deseo y la necesidad me inundan las venas. Sonrío mientras dejo que me consuma. Dejo que se apodere de mí.

No voy a reprimir esta increíble sensación. No esta vez. Voy a ver a dónde me lleva.

—¿Vives por aquí? —pregunta, esperanzado de que no sea una simple turista.

—La verdad es que no —digo. Su rostro se descompone. Veo la decepción en sus ojos y no puedo evitar sonreír por ello. De verdad que está interesado. Esto me está volando la cabeza—. Hemos conducido tres horas esta mañana para llegar hasta aquí. Uno de los chicos con los que he venido es amigo del piloto que nos ha subido.

—No te irás tan pronto, ¿verdad? —pregunta, con un punto de desesperación. Es tan mono—. ¿Te quedas por lo menos el fin de semana?

Niego con la cabeza mientras se me caen los hombros. —Volvemos hoy mismo.

Me mira fijamente durante un buen rato, como si se le estuviera partiendo el corazón en dos.

¿Pero este hombre respira?

—Creo que deberías quedarte —dice finalmente.

Me río. —¿Qué?

—Acabas de llegar. Acabamos de conocernos. Me gustaría enseñarte el pueblo. Me gustaría invitarte a salir.

—¿Invitarme a salir?

—Tener una cita. Quiero tener una cita contigo.

No puedo evitar sonreír mientras lo miro. Nunca he tenido una cita de verdad.

—Pero ¿cómo voy a volver a casa?

—Te llevo yo.

—¿*Tres* horas?

—Será un placer.

Es tentador, pero no tengo dónde quedarme, ni ropa, ni cepillo de dientes, ni desodorante, que ahora mismo necesito desesperadamente.

—Sé que esto suena a locura —dice, levantando la mano antes de que pueda negarme—, pero has venido aquí en busca de aventuras, ¿no?

—He saltado en paracaídas, me han atacado unos lobos y me ha salvado un hombretón de la montaña —digo con una risa—. Definitivamente, he tenido más aventuras de las que esperaba.

—Pero ¿ya te sientes realizada? —pregunta con esos penetrantes ojos azules que parecen mirar dentro de mi alma—. ¿Te sientes satisfecha?

Ahí me ha pillado. Hoy he sentido un poco de emoción, pero sé que en cuanto llegue a casa volveré a estar de bajón.

—Hay un hotel precioso en el pueblo —dice al ver que no respondo—. Te conseguiremos la mejor habitación que tengan. Invito yo.

Alzo una ceja mientras lo observo. ¿Este tío va en serio?

—Pararemos en el pueblo y te compraremos todo lo que necesites para pasar la noche —continúa—. Champú, ropa, algo de picar… invito yo a todo.

—No hace falta que pagues…

—Quiero hacerlo —dice con voz firme—. Insisto, Kylee.

Este hombre es de los que irrumpen y toman el control. Eso me gusta. Me está empezando a gustar mucho.

Y estoy tentada de decir que sí. *Muy* tentada.

—Y esta noche —dice con esa voz profunda y sexi—, tendrás la mejor cita de tu vida. ¿Qué me dices?

Me vuelvo hacia Otter mientras lo pienso. Quiero decir que sí. De verdad que quiero…

Pero acabo de conocer a este tipo. Apenas sé nada de él. ¿Sería una locura decir que sí? ¿Sería más locura decir que no?

—Quizá deberíamos seguir caminando de vuelta —digo ahora que Otter ya ha bebido suficiente. El agua del arroyo le chorrea del hocico mientras mira alrededor del bosque—. No quiero que Nerf se preocupe.

Aunque dudo que mi primo esté preocupado. Ha saltado desde acantilados sin nada más que un traje de alas. Es incapaz de preocuparse por nada.

—Vale —dice Aiden mientras me lanza una mirada ardiente—, pero cuando lleguemos, quiero tu respuesta.

—De acuerdo —digo en un tono coqueto mientras camino hacia atrás, dando saltitos sobre las puntas de los pies—. Todavía no me he decidido, así que más te vale que te esfuerces por cortejarme durante el descenso, señor Hughes.

Me dedica una sonrisa sensual mientras coge las riendas de Otter y me sigue.

—Me esforzaré al máximo —dice con una voz profunda y gutural.

Ya me tiene casi en el bote.

Ya estoy colada por este montañero cañón.

CAPÍTULO CINCO

Aiden

—¿Dónde está el paracaídas? —pregunta Nerf cuando salimos del bosque—. ¿Lo has dejado ahí arriba?

—Increíble —dice el chico bajo mientras niega con la cabeza, molesto.

Aprieto los puños mientras miro mal al grupo de tíos. Parecen más molestos por el puto paracaídas que aliviados de que Kylee por fin haya vuelto.

—No tenía otra opción —dice Kylee—. Me estaban atacando unos lobos.

—¿Lobos? —pregunta Nerf enarcando una ceja. No parece preocupado. Parece más bien cabreado por haberse perdido una actividad de riesgo.

—Aiden me ha salvado —dice, mirándome con esos preciosos ojos verdes. Sus mejillas empiezan a sonrojarse mientras nos miramos a los ojos—. Pagaré el paracaídas.

Nerf coge su paracaídas y su mono. —Nos piramos. Tengo que currar esta noche y ya voy a llegar bastante tarde.

Miro a mi chica, suplicándole que se quede.

No puede ser. No puede ser el final.

Si hace falta, me subo a Otter y la sigo hasta casa.

Nuestra historia no va a terminar aquí. Este es el principio, no el final.

—La verdad es que… —dice Kylee lentamente. El corazón me empieza a latir con fuerza por la emoción mientras contemplo su despampanante rostro—, voy a quedarme por aquí un rato.

—¿Ein? —dice Nerf, confuso.

—Voy a coger una habitación en el pueblo y a quedarme el fin de semana —dice, lanzándome una mirada—. Quiero explorar un poco más las montañas.

Y yo quiero explorarla a ella.

Mi cuerpo empieza a estremecerse al imaginarme a esta belleza para mí solo. Voy a explorar cada impresionante pico y valle que tiene.

—Muy bien, que te diviertas —dice Nerf encogiéndose de hombros—. Vámonos, chicos.

Caminamos con ellos hasta su Jeep y Kylee le da las gracias a su primo por haberla traído. Nos dan un poco de agua y algo para picar para que aguantemos antes de irse.

Me alegro tanto de no tener que verla marcharse en el coche con esos tíos. Esta chica es mía y quiero quedármela para mí solo.

—¿Dónde está tu camioneta? —pregunta ella mientras mira el aparcamiento de tierra vacío.

Echo un vistazo al caballo que estoy sujetando.

—Ah, claro —dice con una risita avergonzada—. Los hombres de montaña montan a caballo. ¿En qué estaría yo pensando?

Con cada segundo que paso con ella, me enamoro más y más. ¿Dónde ha estado esta chica toda mi vida?

—¿Cuánto se tarda andando?

—Como una hora —le digo—. ¿Te parece bien?

Ella sonríe mientras observa el impresionante paisaje. —¿Una agradable caminata por las espectaculares Montañas Greene con mis dos nuevos amigos? Me parece muy bien. Suena delicioso.

Atravesamos la cresta, caminando y hablando, tomándonoslo con calma para que Otter descanse. Hablar con Kylee es muy fácil.

Normalmente prefiero estar solo y perderme en algún mapa antiguo o en un libro de cartografía, pero estar con ella me resulta tan natural y correcto. Siento que podría hablar con ella para siempre sin aburrirme.

Me cuenta todo sobre su antiguo equipo de gimnasia y lo perdida que se ha sentido desde que la echaron.

—No sé qué hacer conmigo misma —dice mientras se coloca un mechón de pelo castaño detrás de la oreja—. La alarma ya no me suena a las cuatro y media para entrenar y no tengo una dieta estricta que seguir. Tengo muchísima libertad, pero no sé qué hacer con ella. Me levanto a las cuatro y media y acabo mirando a la pared.

—¿No has intentado dormir hasta tarde?

—No sé cómo —dice entre risas—. Llevo levantándome a las cuatro y media desde los siete años.

—¿Al menos te has saltado esa dieta estricta?

Niega con la cabeza con una sonrisa en sus labios sexis. —He desayunado brócoli al vapor, seis almendras y un huevo duro.

—Esta noche cenaremos hamburguesas y patatas fritas —le digo —. Quería llevarte a un sitio elegante, pero parece que más bien

necesitas algo grasiento. Lo de elegante lo haremos mañana por la noche.

Mira al suelo y sonríe para sí misma. —Suena bien.

Continuamos la preciosa caminata hasta los establos de Greene Mountain, hablando y riendo por el camino. Ya es media tarde. El día está pasando volando. Va demasiado rápido.

—¿Qué es un cartógrafo? —me pregunta—. ¿Tiene que ver con los mapas?

Sonrío al mirarla.

—Te he buscado en Google —dice con las mejillas sonrojadas—. En la página web ponía que eras cartógrafo aficionado.

—¿Qué más ponía?

—Que salvaste a diecinueve personas. ¿Es verdad?

—No. Son veinte. Salvé a un ángel de unos lobos.

Ella sonríe y el corazón me da un vuelco. —Es un honor estar en tu lista.

Le cuento todo sobre mi afición y cómo de niño me fascinaban los mapas. Solía calcarlos y memorizar todos los ríos, lagos y montañas. A los ocho años, me sabía todas las capitales del mundo. A los doce, podía decirte cada montaña y río de Montana y señalarlos en un mapa en segundos.

—La gente no ve la belleza de los mapas —digo—. Son arte.

—Me gustaría verlos a través de tus ojos —dice mientras me observa—. Quizá puedas ayudarme a encontrar la belleza en ellos.

Sonrío mientras le devuelvo la mirada. —Me gustaría.

¿Una chica interesada en aprender sobre mapas? Estoy enamorado.

Devolvemos a Otter a los establos y Tyler nos da unas cuantas manzanas para darle de comer.

Me quedo observando a Kylee sonreír y reír mientras los grandes belfos de la yegua le hacen cosquillas en la palma de la mano. Es perfecta. Me tiene fascinado.

Se ha hecho un par de selfis con la yegua y me ha enviado el mejor. De inmediato lo he puesto como fondo de pantalla en el móvil.

—Adiós, Otter —le susurra a la yegua en la oreja cuando llega la hora de irnos—. Gracias por rescatarme.

Le da un beso a la yegua en el carrillo y después se marcha con tristeza.

—No es justo —digo mientras caminamos hacia mi camioneta.

—¿Qué?

—Otter y yo te hemos salvado, pero solo ella se ha llevado un beso.

Se detiene. Me doy la vuelta y la miro, con esos brillantes ojos verdes y sus adorables mejillas sonrojadas.

Tiene las manos en los bolsillos traseros de sus pantalones cortos vaqueros y se muerde el labio inferior mientras me lanza una mirada coqueta que es jodidamente irresistible.

—¿Quieres un beso? —pregunta con una enorme sonrisa.

Asiento mientras me acerco a ella lentamente. Me está costando un mundo no dar rienda suelta a este deseo lujurioso que se ha ido acumulando durante todo el día.

Alza la vista hacia mi boca cuando llego frente a ella, tan cerca que puedo sentir su cálido aliento en mi piel. El corazón me martillea en el pecho. Mi cuerpo está en alerta máxima mientras contemplo la visión más despampanante que he visto jamás: mi chica, lamiéndose sus carnosos y jugosos labios.

—Te besaría —dice poniéndose de puntillas—, pero no llego.

Sonrío mientras bajo mi boca hasta encontrar la suya.

Nuestros labios se unen y es como si estallaran fuegos artificiales en mi cuerpo.

Su boca es tan suave. Tan húmeda y sabrosa.

Jamás voy a soltar estos labios.

Son míos.

Para siempre.

CAPÍTULO SEIS

Kylee

La dependienta suelta un silbido de admiración cuando salgo del probador con un sexi vestido marrón claro. Es ajustado por todo el cuerpo, con tirantes anchos y una pequeña abertura en el bajo. No tengo nada parecido en casa, pero la dependienta ha insistido en que me lo probara después de que le dijera que tenía una cita con un pibón.

—Con ese vestido, te aseguro que tienes una segunda cita —dice mientras me mira de arriba abajo—. Puede que hasta te pida matrimonio.

Me río mientras me doy vueltas delante del espejo. ¿No sería increíble?

La verdad es que me queda bastante bien y, lo que es más importante, me siento a gusto con él.

—Me lo quedo —digo, asintiendo con seguridad.

La emoción empieza a crecer mientras escojo unos zapatos de tacón a juego y un conjunto para mañana: unos pantalones cortos y

una camiseta de estilo bohemio. También cojo algo de lencería sexi, por si acaso.

Aiden está al final de la calle, en su oficina de Búsqueda y Rescate, intentando convencer a uno de sus compañeros para que le cubra el turno de mañana.

—No hace falta —dice la dependienta cuando saco la tarjeta de crédito—. Tu pibón ha llamado mientras estabas en el probador y ha insistido en pagarlo todo.

—¿Qué? —digo, mirándola estupefacta—. ¿En serio?

Asiente con una gran sonrisa. —Parece que vas a tener una noche increíble —dice mientras cobra los artículos—. ¿Una cita con Aiden Hughes? Qué suerte tienes.

—¿Lo conoces?

—Todas las mujeres del pueblo conocen a Aiden Hughes —dice con un guiño.

Me siento mal por haber gastado tanto, pero lo cobra todo antes de que pueda devolver algo. Esto me ha pillado un poco desprevenida. Intentaré devolvérselo más tarde, pero dudo que lo acepte.

—Ahí está —dice la dependienta al verlo por la ventana. Se me corta la respiración y el corazón se me acelera al verlo cruzar la calle. Es posible que sea el hombre más atractivo que he visto en mi vida, con el pelo largo peinado hacia atrás.

Tiene una barba poblada que me hizo cosquillas cuando me besó. Todavía me mareo cada vez que pienso en la sensación de sus suaves labios sobre los míos, la firmeza de su agarre en mis caderas y el latido atronador de mi corazón mientras saboreaba su boca.

—Pásalo bien —dice la dependienta mientras me entrega las bolsas.

Le doy las gracias mientras los nervios y la emoción empiezan a apoderarse de mí, y luego salgo a la calle.

Aiden me sonríe con calidez al verme. —¿Has encontrado algo que te guste?

—Sí —digo, sonrojándome al devolverle la sonrisa—. ¡No tenías por qué pagarlo todo! Es demasiado, deja que te lo devuelva.

—De eso nada —dice con una sonrisa—. Ahora, vamos a buscarte una habitación.

Vamos en coche hasta la posada y todo parece tan surrealista. Sentada junto a este hombre grande y musculoso, con la música sonando y la ventanilla bajada... Siento como si estuviera flotando fuera de mi cuerpo, observándolo todo desde arriba.

La posada es espectacular: un enorme edificio de piedra y troncos que se extiende a los pies de una montaña. Es como si el mayor lujo posible se hubiera dejado caer en medio de la agreste naturaleza montañosa, y aun así no desentona en absoluto.

No tengo ni idea de cuánto costará este sitio por noche, pero sé que mi tarjeta de crédito va a sufrir de lo lindo. En fin, solo se vive una vez.

Todavía estoy asombrada cuando entramos y admiro el impresionante vestíbulo, con el precioso arte en las paredes y la gigantesca chimenea de piedra. Ya me imagino esa chimenea encendida, con velas alrededor, música suave y una copa de vino mientras me pierdo en los hermosos ojos azules de Aiden.

Un viejo mapa enmarcado en la pared llama la atención de Aiden y se acerca a echarle un vistazo. Es tan mono.

Lo vigilo con un ojo mientras me dirijo al mostrador de recepción, donde están sentadas dos gemelas idénticas. No hacen el más mínimo esfuerzo por parecer diferentes. Ambas tienen el mismo

aspecto, con sus gafas redondas de montura negra y el pelo liso y negro cortado a media melena.

Ninguna de las dos sonríe cuando llego al mostrador. Se limitan a mirarme con cara de nada.

—Hola —digo nerviosa mientras miro sus identificaciones: Tina y Tiffany.

No hay respuesta.

—¿Podría reservar una habitación?

—Estamos completos —dice Tina secamente.

—¿Completamente llenos? —pregunto, desesperada. Dormiría en un trastero si hiciera falta.

—Tenemos disponible la suite Aspen, pero no se la puede permitir.

La otra gemela asiente con la cabeza.

Me quedo boquiabierta, estupefacta. Pero ¿qué demonios les pasa?

—¿Perdona? —digo, fulminándolas con la mirada—. No tiene ni idea de lo que puedo permitirme o no.

—Cuesta diez mil dólares la noche —dice en tono tajante.

Se me abren los ojos como platos al mirarla, anonadada. Supongo que acabo de delatarme.

—De acuerdo, vale —digo con la barbilla bien alta—. Esta vez tenía razón, pero no debería hacer suposiciones sobre la gente.

—Es que su atuendo es tan básico —dice Tina mientras me examina.

—Esos pantalones cortos, ¿qué son? —pregunta Tiffany—. ¿Unos veinte pavos?

—Si pagó veinte pavos, pagó de más —dice Tina—. Y esa camiseta grita «tienda de segunda mano» por los cuatro costados.

Tina asiente en señal de acuerdo.

—¡Acabo de hacer paracaidismo! —espeto—. ¿Qué esperabais que me pusiera para hacer paracaidismo? ¿Un mono de Gucci?

—No esperamos eso —dice Tina, negando con la cabeza.

—No con sus limitados recursos económicos —añade Tiffany.

—¡Soy una clienta! —digo, subiendo el tono—. ¡No tiene por qué ser tan maleducada!

—Los clientes tienen reserva —dice Tina, encogiéndose de hombros—. Y usted no.

Tiffany asiente. —Es solo una mujer cualquiera que ha entrado de la calle y que, por alguna razón, sigue aquí plantada.

Me quedo boquiabierta mirándolas con indignación. ¿Cómo puede un lugar tan maravilloso como este contratar a dos arpías maleducadas como ellas para atender al público?

—¿Qué tal? —pregunta Aiden mientras se acerca.

Esbozo una sonrisa forzada al volverme hacia él. Se lo tomará como una señal de alarma si me pilla discutiendo con las empleadas de atención al cliente, así que intento ignorarlas.

—Están completos —digo, sintiéndome un poco tonta por mi impulsividad. Ha sido una mala idea. Debería haberme vuelto con Nerf y los chicos y quizá regresar el próximo fin de semana con un plan mejor. Ni siquiera sé si podré ir a la cita ahora que no tengo dónde pasar la noche. Puede que tenga que coger un autobús de vuelta a casa.

Aiden me coge de la mano y me aparta de los dos troles del mostrador. —Quédate en mi casa.

—¿Tu casa?

Él asiente. Esos ojos azules y tiernos hacen que me muera de ganas por aceptar. Pero esto es una locura, ¿no? Acabamos de conocernos...

Aunque siento como si lo conociera desde hace más tiempo que unas pocas horas. Siento como si lo conociera de toda la vida.

—Di que sí —dice, suplicándome con esos preciosos ojos azules —. Ven a quedarte conmigo. Será una noche que nunca olvidarás.

La idea de volver a casa se desvanece de mi mente. Voy a tener una cita con este hombre. Pase lo que pase.

—Vale —digo con una sonrisa—. Pero si tu casa resulta ser supertétrica, me largo de ahí.

Se ríe, con aspecto aliviado, mientras me mira. —Trato hecho. Mientras no te parezca espeluznante mi colección de trescientas muñecas de porcelana, no habrá problema.

Me río de su broma. Espero que sea una broma.

Tina y Tiffany siguen mirándome inexpresivamente cuando me doy la vuelta para irme. Les lanzo una última mirada de desprecio y salgo con Aiden.

El viaje de vuelta a su casa es increíble. No me canso de admirar la belleza natural de este lugar. Las montañas y los árboles, los ríos y los lagos; incluso veo dos ciervos por el camino. Es como un bosque de cuento de hadas. Es mágico.

—¿Aquí es donde vives? —pregunto mientras sale de la apartada carretera para entrar en un largo camino de grava. Es largo y sinuoso, y se adentra en el bosque.

—Sí —responde con una sonrisa.

Estamos rodeados de bosque y no veo su casa. —No te voy a mentir —digo mientras miro por la ventanilla—. De momento, da un poco de yuyu.

Él se ríe entre dientes mientras sigue conduciendo.

—*Vaya* —susurro cuando toma la curva y el bosque se detiene de repente. Entramos en una zona abierta al borde de un acantilado. La

preciosa casa de Aiden está prácticamente colgada de él, lo que le proporciona las vistas más impresionantes del paisaje montañoso.

Tiene un aspecto moderno y un aire acogedor. Aparte del tétrico camino de entrada, esta casa no transmite más que buenas vibraciones. Me encanta.

—¿Esta es tu casa? —pregunto, mirándola incrédula.

Él asiente. —Y es tuya por esta noche.

—Es impresionante.

Sigo sin creérmelo mientras salimos de la camioneta y cojo mis maletas. ¿De verdad está pasando esto? ¿Me di un golpe en la cabeza al aterrizar con el paracaídas y todo esto es un sueño febril mientras en realidad estoy en el hospital de Greene Mountain rodeada de médicos preocupados? ¿Me han comido los lobos y he subido al cielo sin darme cuenta?

Pero cuando Aiden me coge de la mano y siento su cálida piel contra la mía, sé que esto es la vida real.

Puedo sentir la fuerza y el deseo en su agarre, puedo sentir mi corazón latiendo con anticipación y puedo sentir una atracción lasciva que solo puede ser real.

Salimos al porche trasero, donde está la hamaca amarilla, y me quedo sin aliento al admirar la vasta e impresionante vista. Es un puñetero salvapantallas. Desde su porche trasero se ve la naturaleza salvaje de la montaña en estado puro. Es asombroso.

—No sabía que la gente viviera así de verdad —digo mientras contemplo los picos rocosos en la distancia—. La vista desde la ventana de mi habitación es otro edificio de apartamentos.

—Espera a ver los atardeceres desde aquí —dice mientras contempla el paisaje con una expresión serena en el rostro—. Son preciosos, pero siempre hacen que me sienta muy solo.

—¿Por qué?

—Son muy románticos, y es solitario ser el único en un lugar tan romántico.

Le sonrío, pensando que sus días de soledad podrían terminar pronto si yo tengo algo que decir al respecto.

—Entra —dice mientras se dirige a la puerta—. Quiero enseñarte la absoluta falta de elementos tétricos de mi casa.

Me río mientras entramos. El interior es igual de precioso. Y está limpio. Me gusta un hombre que mantiene la casa limpia. Esta es la prueba definitiva, porque no sabía que iba a venir. No puedo imaginar nada peor que un hombre que te engaña limpiando cada vez que vas a su casa mientras estáis saliendo y que, una vez casados, revela su verdadera naturaleza desaliñada.

Tiene una bonita cocina abierta de estilo moderno. Hay una chimenea de piedra en el salón que contrasta muy bien con la decoración. Me gusta. Mucho.

Mi vista se dirige a los mapas enmarcados de las paredes. Tiene todos esos mapas antiguos de la zona dibujados a mano que parecen tan únicos y fieles a él. Entiendo lo que decía sobre que los mapas son arte mientras me acerco y admiro un mapa antiguo dibujado con tinta negra sobre una gruesa hoja de pergamino.

—Ese fue el primer mapa que se dibujó de las montañas Greene —dice al acercarse a mi lado.

Un cálido escalofrío me recorre el cuerpo cuando se acerca tanto.

—Lo dibujaron los primeros exploradores de la zona —dice con voz sexi—. Curtis y Malcolm Reinhard. Mira, lo firmaron aquí.

—Quiero ver *tus* mapas —digo mientras me giro para mirarlo.

—¿Mis mapas?

Asiento. —¿Me los enseñas?

—Te enseñaré todo lo que quieras —dice con una sonrisa—. Ven.

Estoy toda mareada y con pensamientos indecentes mientras lo sigo por el pasillo hasta su despacho. Hay otras cuantas cosas que me gustaría ver aparte de unos mapas viejos, de eso estoy segura.

—¡Oh, qué guay! —digo al entrar en su taller mientras me lo enseña. Tiene un trozo de pergamino similar extendido sobre su enorme escritorio y está a medio terminar un mapa de las montañas Greene. Es impresionante. No es como un mapa que encontrarías en una gasolinera, esto parece un mapa que encontrarías en una galería de arte con un precio escandalosamente caro—. ¿Vendes estos?

—Tengo algunos clientes por el mundo que los compran —dice—, aunque solo es una afición.

Veo una factura en su escritorio y, sin querer, leo el precio. ¡Veinticinco mil dólares! ¡Menuda afición!

Se le ve tan feliz en este espacio mientras me enseña cómo los ilustra con unas elegantes plumas de tinta.

Me quedo atrás observándolo, admirando lo meticuloso que es con cada movimiento de su pluma. Tiene los ojos entrecerrados, la frente fruncida por la concentración mientras dibuja la curva de un río. Es tan bueno en ello, y de algún modo eso lo hace aún más sexi para mí.

La imagen de él despejando el escritorio de un solo brazo y tomándome sobre él cruza mi mente.

¿Mostraría el mismo nivel de dedicación y cuidado al explorar mi cuerpo?

¿O sería brusco y rápido?

Trago saliva cuando le pone el capuchón a la pluma y se vuelve hacia mí con esos ardientes ojos azules.

Tal vez lo descubra esta noche...

CAPÍTULO SIETE

Aiden

Una profunda sensación de euforia recorre mi cuerpo mientras paseo por la ciudad que amo con esta belleza angelical cogida de mi brazo.

No puedo dejar de mirarla. Es despampanante.

Kylee me sonríe y sé que he encontrado a la mujer de mi vida. Sé que la cita no ha hecho más que empezar, pero tengo que volver a besarla. Moriré si no pruebo esos labios ahora mismo.

Me detengo y me giro hacia ella.

—Oh —dice con una sonrisita de sorpresa al darse cuenta de lo que va a pasar.

Le aparto un mechón de pelo suelto detrás de la oreja mientras nos miramos a los ojos. Le cojo la barbilla y le inclino suavemente la cabeza hasta que tengo su dulce boca justo donde la quiero.

Ambos nos inclinamos como si lo hubiéramos hecho un millón de veces, como si fuera lo más natural del mundo.

Un instinto primitivo de posesión ruge en mi interior cuando nuestras bocas se unen, suaves y húmedas. Esta chica es *mía*. Todo

mi ser lo sabe y quiere que el mundo entero sea plenamente consciente de que esta mujer está prohibida.

Gime mientras pruebo y exploro su suculenta boca con mi lengua. Quiero seguir, besar y lamer cada centímetro de ella, pero tendré que esperar al final de la cita para eso.

No puedo ver con claridad cuando finalmente nos separamos. Miro a este ángel con los ojos vidriosos, preguntándome cómo he podido vivir tanto tiempo sin ella.

—Vamos —dice con una sonrisa tímida mientras me coge de la mano y seguimos caminando por la calle.

Giramos hacia la calle principal y es un hervidero de gente. Es una noche cálida de verano y parece que todo el mundo ha salido a la calle.

La acerco un poco más a mi cuerpo mientras caminamos, no quiero compartir su belleza con nadie. No quiero que nadie la mire con este despampanante vestido marrón. Es solo para mis ojos.

Kylee tiene un cuerpo musculoso por sus años de gimnasia: brazos fuertes, hombros redondos y piernas gruesas y macizas. Me encanta. Es la mujer más sexi que he visto en mi vida.

—¿Cuándo voy a ver algunos de tus movimientos? —le pregunto mientras pasamos por un parque donde juegan algunas familias y niños.

Me lanza una mirada coqueta y el corazón me da un vuelco en el pecho. —¿Qué clase de movimientos?

¡Ni se te ocurra!, me advierto a mí mismo. No quiero ponerme duro como una piedra en medio de la calle. Es nuestra primera cita y no quiero ir caminando en público con una vara de casi treinta centímetros saliéndome del pantalón.

—Tus movimientos de gimnasia —digo, cambiando de tema rápidamente—. Quiero ver lo que eres capaz de hacer.

—¿Sí? —pregunta, mirándome con picardía en los ojos.

—¿Eres buena?

Me dedica una mirada y se quita los zapatos.

—Júzgalo tú mismo —dice mientras me los planta en el pecho.

Sonrío mientras los cojo y la observo caminar hacia el césped.

—Espera —digo mientras ella se yergue y respira hondo—. ¿No se te levantará el vestido?

Me encantaría verlo, pero hay padres y otros hombres alrededor, y esta chica es toda mía.

—Me moveré tan rápido que no le dará tiempo —dice con un guiño.

Estoy a punto de decirle que no quiero arriesgarme, pero simplemente se pone en movimiento. Miro con asombro cómo hace una voltereta tras otra, luego un mortal impecable en el aire y aterriza de pie. El vestido no se inmuta. Se aferra a su cuerpo perfecto todo el tiempo y no lo culpo. Yo también me aferraría a ese cuerpo sexi.

Se gira hacia mí con una sonrisa.

Dios, qué sexi. Sus pechos están más elevados por las acrobacias, mostrando un poco más de escote, y su pelo castaño ya no está perfecto. Está un poco revuelto, lo que me pone un montón. Parece que acaba de echar un revolcón de media tarde.

—¿Qué te parece? —pregunta mientras regresa con brío en su andar.

—Me parece que eres fenomenal en todos los sentidos —le digo mientras recorro con la mirada sus piernas bien formadas—. Estoy deseando ver tus otros movimientos. Los que no son de gimnasia.

—Lo está haciendo bien hasta ahora, señor Hughes —dice con una sonrisa—. Siga así y los verá.

—Perdona —dice una mujer, apareciendo de la nada. Estoy tan concentrado en Kylee que no me he dado cuenta de que se acercaba y me da un susto. Kylee se ríe cuando me hago a un lado de un salto.

—Lo siento —dice ella—. No quería interrumpir, pero ha sido increíble. ¿Da clases? Mi hija de ocho años está obsesionada con la gimnasia, pero no hay clases en el pueblo. Las estamos dando por Zoom, pero no es lo mismo. El gimnasio más cercano está a más de una hora y media.

—No, lo siento —dice Kylee con una inclinación de cabeza—. No vivo aquí. Solo estoy de visita.

—Pero está pensando en mudarse aquí —digo, metiendo baza—. Debería darle su número de teléfono, por si acaso.

—¡Oh, perfecto! —dice la mujer mientras saca un bolígrafo y un papel de su bolso—. Es para mi Shannon. Es la de la camiseta azul en los columpios.

Qué niña tan mona. La apoyo para que tenga a Kylee como profesora de gimnasia.

—Le pagaría clases particulares o en grupo —dice la madre—. Lo que mejor le venga.

—Oh —dice Kylee mientras coge el número de teléfono con reticencia—. Pero, como le digo, no vivo aquí.

—Todavía —añado con firmeza.

Me echa una mirada. Le devuelvo la sonrisa.

—Bueno, llámeme si lo hace —dice la madre antes de marcharse —. Me encantaría contratarla.

Kylee me coge los zapatos y se los pone. Tengo la vista clavada en sus pechos pequeños y respingones mientras se los calza.

—¿A qué ha venido eso? —pregunta en tono juguetón mientras volvemos a caminar por la acera—. Vas a ilusionar a esa mujer.

—Entonces ya somos dos —digo mientras le cojo la mano—. Yo ya estoy muy ilusionado.

Niega con la cabeza, pero sonríe mientras nos dirigimos al restaurante. La llevo a McArthur's a por unas hamburguesas con patatas, como le prometí.

—¡Aiden! —exclama una voz grave mientras un camión de bomberos se para a nuestro lado.

Levanto la vista y el jefe de bomberos, Graham West, me mira por la ventanilla. —Hola, Graham.

Ya sé de qué va esto.

—¿Cómo va ese brazo? —pregunta con una sonrisa.

Lo sabía.

Todos los veranos, el cuerpo de bomberos juega contra el departamento del sheriff en un partido anual de sóftbol. Se supone que es amistoso, pero se vuelve extremadamente competitivo.

El cuerpo de bomberos solo tiene cuatro miembros, así que siempre están buscando reclutar a buenos jugadores. El año pasado jugué para ellos y bateé cuatro *home runs*, así que sabía que volverían a por más.

—Creo que estoy ocupado ese fin de semana —digo solo para picarlo.

—¿Por qué? —dice con voz más alta—. ¿Se te ha adelantado el sheriff? Ese cabrón. ¿Vas a jugar para ellos?

Me encojo de hombros.

—Vamos, tío —dice, empezando a suplicar—. ¡Eres más bombero que poli!

—¿Y eso por qué?

—No sé —dice, desesperado—. ¡Pero tienes que jugar con nosotros! Eres un bateador de potencia.

—Me lo pensaré —digo mientras sigo caminando con mi chica—. No prometo nada.

Ya sé que jugaré para ellos, pero me gusta sentirme como un atleta estrella con toda esta atención.

Se aleja saludando con la mano cuando el tipo impaciente que va detrás de él empieza a tocar el claxon.

—¿A qué ha venido eso? —pregunta Kylee mientras seguimos caminando hacia el restaurante.

—Un torneo de sóftbol entre los bomberos y los polis —digo—. Es a finales del verano.

Kylee mira a toda la gente amable que habla y luego levanta la vista hacia mí. —¿Aquí todo el mundo se conoce?

Me encojo de hombros. —La gente que se ha criado aquí, sí. Este sitio tiene un aire de pueblo pequeño.

—Ya veo.

Espero que le guste ese tipo de cosas y no prefiera un ambiente de ciudad. La seguiría a cualquier parte, pero no creo que me entusiasmara mucho la idea de vivir en una jungla de asfalto.

—Así que… —digo mientras pasamos por la barbería—. No hay clases de gimnasia en el pueblo. Qué interesante…

Me lanza una mirada de acero, pero es juguetona. —No empieces, señor Hughes. Me tienes para el fin de semana. No tientes a la suerte.

No insisto más, pero la idea se queda en el fondo de mi mente como una presencia permanente. ¿Por qué no ve lo perfecto que sería que se mudara aquí? Que estuviéramos juntos.

Puede mudarse conmigo y abrir un gimnasio en el pueblo.

Decido tomar el camino largo hasta el restaurante y subir por Archer Street. Hay un local comercial vacío en alquiler que sería un gimnasio perfecto.

Espero que se enamore de él tan rápido como yo me enamoré de ella.

Eso haría esta noche mucho más perfecta.

CAPÍTULO OCHO

Kylee

—Creo que nunca he visto tantas estrellas juntas —digo mientras contemplo el precioso cielo nocturno. Junto al billón de estrellas brillantes hay una luna llena gigante que me llena de un profundo asombro. O quizá sea solo por el tío bueno que tengo al lado. Su aura masculina es, desde luego, imponente.

La cena ha sido muy divertida. Hemos hablado durante dos horas en el increíble restaurante y luego hemos paseado por el pueblo y nos hemos tomado un helado antes de volver a casa de Aiden.

No sé cómo voy a volver a casa sabiendo que este hombre increíble vive en este precioso pueblecito de montaña.

¿Qué se supone que debo hacer? ¿Volver a casa y seguir con mi vida aburrida como si no hubiera pasado nada? ¿Se supone que tengo que intentar ignorar este flechazo intenso que se hace más y más fuerte por momentos? ¿Se supone que debo autoconvencerme de que esto es solo un rollo divertido y nada más? Ni una gimnasta profesional podría hacer semejantes acrobacias mentales.

—¿Qué te ha parecido ese estudio vacío? —pregunta Aiden mientras le da un sorbo a su whisky.

Me giro hacia él con una mirada que dice que sé perfectamente lo que trama.

—¿Qué? —pregunta con inocencia.

Le sonrío. —Tú ya sabes qué.

Se ríe para sí y luego le da un pequeño sorbo a su bebida mientras observa el precioso cielo nocturno.

Aiden está guapísimo a la luz de la luna. Es como si las curvas y las líneas esculpidas de su cara estuvieran diseñadas para ser iluminadas por la luna.

Me le quedo mirando de perfil mientras me pregunto en qué estará pensando. Puede que suene raro, pero ojalá pudiéramos ser una sola persona y leernos la mente. No quiero que haya secretos entre nosotros.

—¿En qué piensas? —pregunto, decepcionada por no poder penetrar en su mente.

—No lo sé —susurra mientras remueve el vaso en círculos, observando cómo se mueve el cubito de hielo—. Solo desearía que pudiéramos dejarnos de tonterías.

—¿Qué tonterías? —pregunto, preguntándome si he dicho algo que no debía.

Él suspira y luego me mira con esos suaves ojos azules de cachorrito. Hacen que mi corazón se encoja hasta convertirse en una bolita.

—Vamos a acabar juntos, Kylee —dice con firmeza.

Me río a mi pesar. —¿Ah, sí?

—Sí.

No se está riendo. Parece hablar totalmente en serio.

—Podemos pasarnos el próximo año con idas y venidas —dice mientras atraviesa mi alma con esa mirada letal—. Conduciendo. Deseándonos. Ansiándonos. Podemos pasar largas semanas sin vernos. Podemos torturarnos con noches solitarias en camas frías. Podemos fingir que hay alguien más por ahí que podría encajar mejor con nosotros. Podemos fingir que no estábamos destinados a estar juntos. Podemos actuar como si nuestro destino no estuviera escrito en las estrellas.

Me inclino hacia él mientras lo escucho con el corazón desbocado.

—Podemos pasar por todas esas tonterías —continúa—. Y podemos perder el estudio perfecto para que enseñes gimnasia. Podemos perder un año de un valor incalculable juntos. O…

Me inclino aún más, hasta que mi silla casi se vuelca.

—… O podemos dejarnos de tonterías y admitir lo que ya está jodidamente claro. Que nosotros…

—Estamos hechos el uno para el otro —decimos los dos a la vez.

Nos miramos fijamente durante un buen rato y, de repente, todo empieza a estar muy claro. Estoy viendo lo que él ve. O, al menos, quiero verlo.

Quiero que nuestro destino esté escrito en las estrellas, como él está tan convencido de que lo está.

Pero yo no suelo ser una persona aventurera. Me lo pienso mucho antes de saltar, y todo esto es un terreno nuevo para mí. Esto es, de verdad, saltar a lo desconocido.

—No finjamos que esto no es lo que es —dice con una mirada que me convierte en gelatina—. Cada segundo contigo es valioso, Kylee. No quiero desperdiciar ni uno solo.

Se levanta y se pone delante de mí. Me hormiguea todo el cuerpo mientras lo miro, sin saber qué decir. Quiero ceder, pero mi

cerebro ansioso es una bestia terca. Siempre le ha ganado la partida a mi cauteloso corazón.

—No digas que no todavía —dice mientras se arrodilla frente a mí —. No digas nada. Al menos, no esta noche. Déjame tener al menos una noche increíble en la que seas toda mía.

Me he quedado sin voz. No existe. Lo único que puedo hacer es asentir, cautivada por esos ojos azules de ensueño que brillan a la luz de la luna.

Se inclina hacia delante y me besa. Es suave y tierno hasta que gimo, y entonces siento cómo se despierta el hambre en él. Sus manos fuertes se deslizan por mis muslos, su agarre se hace más firme al llegar a mis caderas.

Un calor voraz me desgarra por dentro. Quiero devorar a este hombre sexi. Quiero que me consuma.

Hundo mi lengua en su boca y gimo al saborearlo. Mis caderas se contonean en el asiento, mi coño arde.

—Eres tan sexi —gruñe mientras se aparta y empieza a besarme el cuello—. ¿Tú crees que soy sexi?

—*Sí* —gimo, prácticamente jadeando mientras mi cabeza cae hacia atrás—. Estás jodidamente bueno. No puedo ni…

Tiene esa sonrisa sexi y arrogante en la cara mientras se aparta y se agarra la camiseta.

—*Sí* —susurro mientras me la quita y la lanza detrás de mí. Mis ojos devoran su torso desnudo, recorriendo cada delicioso centímetro mientras mi coño palpita. Todo es músculo fuerte y tenso, y piel tatuada. Sus hombros son tan grandes y anchos. Sus brazos son jodidamente perfectos. Ese pecho..., Dios mío, ese pecho...

Me está mareando. No puedo pensar con claridad.

Se me hace la boca agua cuando veo su tableta de chocolate contraerse y tensarse con cada movimiento que hace.

—¿Quieres tocarlo? —pregunta con una voz profunda y ronca.

No puedo hablar, así que me limito a asentir.

Esa sonrisa sexy y de satisfacción vuelve a aparecer mientras me coge de la muñeca y lleva mi mano a su cálido estómago. Un pequeño gemido se me escapa de la garganta al sentir sus duros relieves y profundas hendiduras. Sigo sin poder creerme que a este hombre tan guapo le guste *yo*. ¿Qué está pasando?

—Puedes tocarme todo lo que quieras —dice mientras vuelve a deslizar las manos por mis muslos—. Puedes tocarme donde quieras. Para siempre.

Trago saliva mientras deslizo las manos por sus hombros hasta sus duros brazos. Son tan grandes y anchos. Me encantan sus intrincados tatuajes. Quiero oír la historia de cada uno, pero ahora no es el momento.

—¿Te gusta que te toque? —pregunta con un gruñido mientras las yemas de sus dedos se deslizan por debajo de mi vestido.

El corazón me late con fuerza cuando siento su piel contra la mía. Me está poniendo muy húmeda. Si sigue así, se va a encontrar mis bragas empapadas cuando inevitablemente llegue a ellas.

—Sí —jadeo mientras me muevo en el asiento. Se me endurecen los pezones mientras observo cómo sus ojos bajan hasta el bajo de mi vestido. Se lame los labios a la vez que sus manos se adentran más.

Se me corta la respiración al sentir sus palmas deslizándose por mi piel desnuda. Este hombre tan sexi me agarra las bragas por los lados y empieza a bajármelas.

Estoy tan húmeda que se me pegan al monte de Venus por un segundo antes de que esas manos fuertes y ásperas me las

arranquen.

—Eres mía, Kylee —gruñe mientras saca mis bragas de debajo del vestido—. Esta noche te vas a dar cuenta.

La anticipación lasciva y el deseo intenso me llenan hasta el punto de que no puedo pensar bien. Lo único que puedo hacer es observar con una fascinación atónita cómo me baja las bragas por las piernas y me las saca por los pies.

Las hace un ovillo y luego se las mete en el bolsillo como si siempre hubieran sido suyas.

—No he dejado de pensar en ti desde el segundo en que vi tu preciosa cara —dice mientras esas manos grandes vuelven a deslizarse por mis piernas desnudas—. Estoy obsesionado contigo, Kylee. Te quiero solo para mí.

Me hundo en la silla mientras sus manos se deslizan de nuevo bajo mi vestido. Ya no llevo bragas. No hay nada entre nosotros. Cada centímetro que avanza es como una sensual llamarada en mi piel.

No voy a detenerlo. Puede hacerme lo que quiera. Soy toda suya. Solo quiero complacerlo. Quiero ser su chica buena.

Esta vez, mi vestido se arruga alrededor de sus gruesos antebrazos. Empieza a subirse a medida que él desliza las manos por mis muslos.

Se coloca de rodillas y acerca sus labios a los míos. Me está matando...

Su aliento caliente me hace cosquillas en la piel. Mi coño palpita como nunca. Lo necesita desesperadamente. *Yo* lo necesito desesperadamente.

—¿Me vas a enseñar tu dulce coñito? —gruñe.

Asiento con la cabeza mientras le miro fijamente a sus hipnóticos ojos azules.

—Pues enséñamelo, nena —susurra—. Me muero por verte.

—Es que... yo nunca he... —El resto de las palabras se desvanecen en mi garganta.

Aprieta la mandíbula mientras me mira con una intensidad tal que me hace temblar. —¿Eres virgen?

Trago saliva y asiento, esperando que no le importe. Solo quería que supiera que es el único.

—Esa es mi chica buena —susurra.

Me lanzo hacia delante y estampo mis labios contra los suyos, besándolo como si mi alma estuviera en llamas.

Nunca me he sentido tan unida a nadie como ahora mismo. Él y yo somos uno. Nuestras almas son una y la misma. Es hora de que nuestros cuerpos se pongan al día.

—Te deseo —susurro al separarme—. Quiero ser tuya.

—Ya lo eres —gruñe mientras baja su cuerpo. Me reclino en la silla y gimo cuando me sube el vestido hasta la cintura.

El aire fresco me hace cosquillas en mi ardiente coño mientras me deja al descubierto.

Quiero cerrar los ojos por si no le gusta lo que ve, pero me obligo a mantenerlos abiertos y fijos en el rostro de Aiden.

—*Precioso* —susurra mientras mira mi sexo desnudo con asombro. Lo mira como si nunca fuera a apartar la vista. Como si nunca fuera a cansarse de verlo.

—¡Oh! —grito, y mi cuerpo se tensa cuando él acerca la cabeza.

Cierro los ojos con fuerza, esperando con una anticipación frenética. No sé qué esperar. No sé qué hacer, así que me quedo paralizada y espero con el corazón desbocado.

Cuando su lengua ardiente me toca, toda esa tensión y estrés se desvanecen de inmediato. Mi cuerpo entero se relaja mientras desliza su lengua dentro de mí y luego la arrastra por mis pliegues.

Me tiemblan las piernas mientras cubre mi clítoris, rozándolo con la lengua antes de besarlo.

Me duele todo el cuerpo mientras observo la cabeza de este hombre maravilloso entre mis piernas, moviéndose con cada suave lametón de su lengua.

Lo hace con suavidad y lentitud, tratándome como a una flor delicada. Sabe que es mi primera vez y se lo está tomando con calma.

Pero no quiero que lo haga. Noto que se está conteniendo y no me gusta. Quiero que se entregue por completo a mí. En todos los sentidos.

—No pasa nada —susurro mientras hundo las manos en su espeso pelo—. No tienes que contenerte. Puedo soportarlo, Aiden.

Esos intensos ojos azules se clavan en los míos mientras esparce mi humedad por toda su boca. Su espesa barba me hace cosquillas en los muslos mientras sopesa mis palabras.

—No pasa nada —le aseguro—. Sé tú mismo. Es todo lo que quiero. Tu verdadero yo es todo lo que quiero.

Se yergue sobre las rodillas y me besa en la boca, con fuerza y rudeza. Gimo al saborearme en sus labios y en su lengua.

El beso termina muy rápido, pero vuelvo a tener esa boca maravillosa sobre mí cuando vuelve a bajar y empieza a devorar mi coño.

No se contiene. Me lame el coño como si se hubiera estado muriendo por hacerlo. Como si hacerme correr fuera lo más importante del mundo.

Unas manos fuertes me agarran de repente la cara interna de los muslos y me separa las piernas, dando a su boca hambrienta un mejor acceso.

El placer es tan *intenso*. Me agarro a los lados de la silla con fuerza mientras mi coño chorrea sobre él. Estoy jodidamente empapada y a este hombre le encanta, lamiendo cada gota que le doy.

Un segundo estoy temblando y al siguiente, tensa. Soy un caos, experimento sensaciones salvajes que no creía posibles mientras gimo más alto de lo que jamás imaginé.

Los gemidos profundos se convierten en gritos desgarrados mientras se centra en mi dolorido clítoris, lamiendo, chupando y avivando el placer.

Es increíble. Joder, amo a este hombre.

Su boca ardiente no deja de moverse. Esa lengua es mágica.

Echo la cabeza hacia atrás y grito cuando un orgasmo intenso surge de la nada, arrasándome como una ola imparable.

Agarro dos puñados del sedoso pelo de Aiden y lo aprieto contra mí mientras me corro por toda su boca. Él no afloja ni para. Sigue lamiéndome mientras dura, alargando el placer y aumentando la intensidad.

Espero que pare, pero no lo hace. No hasta que un segundo orgasmo me golpea y vuelvo a correrme sobre esos labios mágicos.

Incluso entonces, sigue hasta que lo aparto, suplicándole que pare. Es demasiado intenso. Es demasiado.

Pero en cuanto su boca me abandona, lo quiero de vuelta sobre mí.

Lo quiero *dentro* de mí.

Y lo quiero ahora, joder.

CAPÍTULO NUEVE

Aiden

Me limpio la boca húmeda con el dorso de la mano mientras contemplo con avidez a esta pequeña diablesa sexi que tengo delante. Lleva el vestido marrón subido hasta la cintura, las piernas abiertas, su coño reluciente completamente a la vista, y esos ojazos brillantes y llenos de lujuria me miran como si se preguntara qué voy a hacer a continuación.

Voy a follármela hasta ponerle el mundo del revés. Eso es lo que voy a hacer.

Tengo la polla dura como una piedra en los pantalones. Nunca había estado tan duro.

Durante todo el rato que he tenido la cabeza entre sus muslos y la lengua hundida en su dulce y jugoso coño, la polla me ha estado palpitando y soltando líquido preseminal. Lo noto todo pegajoso y húmedo en los bóxers.

Kylee me recorre con la mirada; esos ojazos de Bambi repasan mi abdomen duro y mis brazos flexionados mientras me llevo la

mano a la hebilla.

Mis ojos vuelven directos a su precioso coñito mientras saco la correa de cuero y me desabrocho los pantalones.

—Muéstrame cómo te lo tocas —gruño mientras me bajo la cremallera.

Se lame los dedos, lo que me hace gemir, y luego empieza a frotarse el clítoris mientras me duele el corazón y mi polla dura ruge. Estoy tan hipnotizado por el sensual espectáculo —viéndola agarrarse un pecho y gemir— que casi olvido lo que estaba haciendo.

—Eso es —gruño mientras me bajo los pantalones y salgo de ellos. La polla me levanta una gran tienda de campaña en los bóxers.

Sus ojos bajan hasta mi erección mientras me bajo lentamente la ropa interior. Mi cabeza hinchada se engancha en la tela y de repente se suelta, disparándose hacia arriba y golpeándome los abdominales.

—*Oh* —gimotea mientras se frota el coño con más fuerza.

Debería llevármela a la cama para su primera vez —lo sé—, pero parece que no puedo evitar ir hacia ella. No puedo evitar querer poseerla aquí mismo, en el balcón apartado, bajo las estrellas.

—Ven aquí —gruño mientras me agacho y la levanto de su asiento.

Gimotea cuando me siento en mi silla y la coloco encima de mí, a horcajadas sobre mi gran cuerpo. Su hendidura húmeda aterriza sobre mi miembro duro y ambos gemimos por lo bien que sienta.

—¿Te gusta eso? —gimo mientras ella balancea las caderas, deslizando su coño virgen a lo largo de mi miembro.

Cierra los ojos y abre la boca mientras se balancea con más fuerza. —Es tan bueno, Aiden. Sienta tan bien.

Si sigue así, voy a correrme antes incluso de estar dentro de ella.

Deslizo la palma de la mano por su espalda y agarro la cremallera de su vestido. Lentamente, la bajo hasta que se afloja alrededor de su cuerpo.

Llevo todo el maldito día soñando con verle las tetas. No puedo esperar ni un segundo más.

—Los brazos arriba, nena —ordeno mientras le cojo el vestido y se lo quito. Parece una salvaje con el pelo revuelto y los ojos encendidos mientras dejo caer su vestido en la silla vacía.

Sé que está llena de inocencia, pero ahora mismo parece cualquier cosa menos inocente, vestida solo con el sujetador.

—Me estás poniendo durísimo —digo mientras desabrocho el cierre de su sujetador—. ¿Te gusta frotar tu coñito contra mi polla?

—*Sí* —gime—. Sienta tan bien.

—Espera a tenerla *bien* dentro de ti, nena. Ninguno de los dos ha sentido nada tan dulce como lo que va a ser eso.

Se quita el sujetador y lo deja caer al suelo. Mis manos y mis ojos van directos a sus tetas. Son tan turgentes y deliciosas, con los pezones rosados más perfectos que se puedan imaginar.

—Oh, Aiden —gime, pasando sus manos por mi pelo mientras me llevo un pezón firme a la boca. Exploro sus pechos desnudos durante unos minutos —primero uno y luego el otro— hasta que ella balancea las caderas con impaciencia y gime pidiéndome la polla.

—La quieres dentro, ¿a que sí, nena?

—*Sí* —gime con urgencia en la voz—. Con tantas ganas…

Levanta las caderas mientras me agacho y cojo mi polla firme. Está empapada con los jugos de su coño.

—Entonces, no esperemos ni un segundo más —gruño mientras guío la gruesa punta hacia su entrada caliente, húmeda y virgen. De

inmediato, me doy cuenta de que va a estar increíblemente estrecha.

Su cuerpo se tensa cuando entran los primeros dos centímetros y medio.

—Eso es, nena —le susurro, animándola—. Puedes con ella. Está hecha para ti.

Inspira bruscamente y luego empuja hacia abajo, tragándose unos cuantos centímetros más. Le agarro el culo, apretando más fuerte de lo que me gustaría tratar a un ángel delicado como ella. Pero su coño está tan jodidamente apretado que no puedo contenerme. Me está *estrujando* el miembro.

—Joder, qué bien sientas —digo con un gemido mientras echo la cabeza hacia atrás y miro su hermoso rostro. Se está esforzando tanto por acostumbrarse a mi enorme polla. Sé que debe ser doloroso para ella. Soy largo y grueso y ella es virgen y estrecha. Hasta ahora, lo está haciendo increíble…

—Así —digo, animándola mientras se hunde un poco más—. Estás siendo una chica muy buena.

Abre la boca y jadea cuando mi polla dura golpea un punto extrasensible dentro de ella.

Ir despacio se está volviendo cada vez más difícil. No lo soporto más. Le agarro el culo y embisto hacia arriba, enterrando mi polla en su dulce cuerpecito. Ambos gritamos mientras lleno cada centímetro de su coño.

Me doy cuenta de lo significativo que es esto. Tengo la virginidad de este ángel. Su flor será siempre mía.

He reclamado su coño y nunca voy a renunciar a él.

Es *mía*.

—Cabalga —ordeno con los dientes apretados—. Cabalga la polla de tu hombre.

Se agarra a mis hombros y empieza a balancear las caderas. Un poco al principio, pero luego empieza a cabalgarme de verdad, deslizando su dulce y húmedo coño arriba y abajo por mi miembro.

—Eso es —digo, hipnotizado por la sexi visión de sus tetas botando delante de mí—. Así, nena.

Es una diosa. No hay más.

Ella se hunde sobre mi polla y restriega su coño contra mí, frotando su clítoris en la base de mi miembro.

Voy a *preñar* a esta chica.

Estoy apuntando mi enorme corrida directamente a su útero expectante. Quiero meterle un hijo a polvos.

En cuanto ese pensamiento tentador entra en mi mente, se me queda grabado a fuego.

No podré respirar hasta que mi semilla esté plantada dentro de ella. Lo sé.

—Vamos adentro —digo mientras le agarro el culo y me pongo de pie. Ella se aferra a mí con un gemido cuando la cojo en brazos, con mi polla dura todavía clavada en lo más profundo de su ser.

Kylee esconde la cara en mi cuello y gime sin parar mientras la llevo a mi dormitorio.

Necesito embestir a esta chica. Necesito follármela *duro*. Necesito *preñarla*.

La dejo sobre mi cama y entonces empiezo a embestir *con fuerza* en su jugoso coñito virgen.

—*Oh* —grita ella mientras arquea la espalda en la cama—. Oh, eres tan *grande*.

Sé que debería ir más despacio. Quiero, pero no puedo. Se acabó el tomárselo con calma.

Mi chica lo aguanta como una campeona, gimiendo y retorciéndose mientras se la meto hasta el fondo con una embestida

fuerte tras otra. Le agarro un pecho que se balancea y dejo que sienta mi fuerza mientras su coño se aprieta alrededor de mi polla.

La imagen de ella con una de mis camisetas viejas, paseando por mi casa con la tripa de embarazada, me llena la mente.

Desata una necesidad animal de preñarla. Me hace gruñir. Me vuelve loco. Es todo lo que quiero.

Grita cuando le agarro la cadera y levanto su cuerpo para poder penetrarla más a fondo.

La embisto dentro de su coño con fuertes y constantes sacudidas de mis caderas hasta que ella grita y se corre por todas partes sobre mí.

—*¡Oh, Aiden!* —chilla mientras su coño se contrae sobre mi polla, apretándola como nunca.

Aprieto los dientes, sorprendido de que el placer pueda ser aún mayor, mientras la observo temblar violentamente en la cama mientras su orgasmo la consume.

Es demasiado bueno y lanza mi propio orgasmo desde la oscuridad. Le agarro la cadera, embisto con fuerza y suelto un rugido mientras me corro en lo más profundo de mi chica.

Nos aferramos el uno al otro mientras vacío todo lo que puedo dentro de ella.

Mi polla da un último salto y un poco más de mi semilla se derrama.

Espero que sea suficiente. Espero que llegue exactamente a donde tiene que llegar.

—Ven aquí —susurra mientras me atrae sobre ella. Me desplomo en sus brazos, con cuidado de no aplastarla con mi peso.

Todavía estoy dentro de ella, disfrutando de la sensación de estar tan conectados cuando empieza a arañarme la espalda, deslizando sus uñas por mi piel.

Ahora es mía.
Por fin he conseguido lo que ansiaba: un ángel propio.
Y no pienso dejarla marchar jamás.

CAPÍTULO DIEZ

Kylee

Abro los ojos y bostezo, sintiéndome como si acabara de despertar de un coma. No creo que haya dormido tan profundamente en toda mi vida.

Una feliz sensación de plena satisfacción vibra en mi interior mientras me estiro en la cama, tan suave y cálida.

Aiden duerme a mi lado, de espaldas a mí. Su enorme espalda sube y baja con cada profunda respiración que toma. Parece un gigante dormido.

Cojo el móvil de la mesilla de noche y... *¡¿Pero qué coño?! ¿Las 10:23?*

No recuerdo haberme quedado durmiendo hasta tan tarde jamás. Estoy en shock.

Supongo que eso es lo que pasa cuando te follan toda la noche un hombretón de la montaña con una polla enorme. Deja a una chica un poco para el arrastre.

El gigante dormido se remueve y luego se da la vuelta. Es tan mono. Tiene los ojos adormilados y sonríe con sueño cuando me ve.

—Buenos días —gruñe con la voz más grave y rasposa de lo normal. Tiene el pelo todo revuelto y tengo que contenerme para no subirme encima de él y comérmelo a besos.

—Buenos días —digo con timidez, sonrojándome a pesar de que ya hemos pasado con creces la fase de los sonrojos.

—¿Has dormido bien?

Asiento sobre la almohada mientras lo observo.

Bosteza y estira esos enormes brazos musculosos. Con el movimiento, las sábanas se deslizan por su torso y me regalan una vista impresionante de su pecho y sus abdominales.

No está nada mal despertarse así. Para nada.

Es mil veces mejor que levantarse en la oscuridad a las cuatro y media de la mañana para ir al entrenamiento de gimnasia. Cambiaría mi antigua vida por despertarme así cualquier día de la semana.

Está tumbado en la cama, observándome como si yo fuera la cosa más bonita del mundo, aunque probablemente ahora mismo sea un desastre. La espectacular vista de las montañas se ve por el enorme ventanal que hay detrás de él y tengo la inquebrantable sensación de que no puedo dejar todo esto.

Puede que no lo sepa todo sobre Aiden, pero sí sé que quiero que él forme parte del nuevo capítulo de mi vida. Quiero que sea un personaje principal en el resto de mi vida.

Se da cuenta de que no dejo de lanzarle miraditas a sus abdominales y sonríe.

—Tócalos —dice mientras me coge de la muñeca y me pone la mano en su duro abdomen—. Sé que te mueres de ganas.

Sonrío mientras paseo la mano arriba y abajo por su tableta de chocolate. No sé por qué es tan divertido tocarla, pero lo es.

La mano me baja demasiado y le rozo la punta de la polla. Él suelta un profundo gemido masculino que hace que mi coño cobre vida.

Ya está duro como una roca y listo para la acción.

Al principio aparto la mano de un respingo, pero luego me doy cuenta de que no tengo por qué hacerlo.

Tras respirar hondo para armarme de valor, deslizo los dedos bajo las cálidas sábanas y le rodeo su gruesa y dura polla con la mano.

La aprieto y él gruñe.

—Eres un ángel —dice mientras baja las sábanas.

Me quedo sin aliento cuando la veo. Quiero decir, la vi anoche, pero estaba oscuro y no la tenía delante de mi cara como ahora, con la luz del sol de la mañana iluminándola por completo.

Es preciosa. No puedo apartar los ojos de ella.

Se me hace la boca agua mientras recorro su gran verga desde la base hasta la punta redondeada, disfrutando de los profundos sonidos guturales que emite.

Hazlo, me digo a mí misma, dándome ánimos.

Estoy nerviosa, pero aun así avanzo poco a poco y me lo llevo a la boca. Mis labios se estiran y casi me dan arcadas por su tamaño, pero aun así lo empujo más adentro.

Deseo tanto complacerlo. Quiero ser una experta en esto.

Sus respiraciones pesadas salen entrecortadas mientras le cubro la verga con la lengua y la meto y saco de mi boca. El sabor salado del líquido preseminal se desliza por mi lengua y me indica que estoy haciendo algo bien.

Estoy a punto de preguntarle si lo estoy haciendo bien, pero cuando levanto la vista y veo la intensa lujuria en sus ojos mientras me observa, sé que lo estoy haciendo de maravilla.

Le chupo su enorme y preciosa polla hasta que sus manos se aferran a mi pelo y su cuerpo se sacude. Gimo con avidez mientras espero...

Aiden gruñe mientras introduce su polla más profundamente en mi boca y descarga su caliente corrida. Se me llenan los ojos de lágrimas mientras me trago hasta la última gota, sabiendo que no puedo irme de este lugar.

No puedo dejar a este hombre.

Estamos hechos el uno para el otro. Todo está encajando.

El posible estudio de gimnasia, este pueblo adorable, este perfecto hombre de la montaña que no se cansa de mí.

Mi lugar está aquí.

Es donde quiero estar.

Aiden.

Una familia.

Una nueva vida.

Mi nuevo capítulo empieza ahora...

EPÍLOGO

Kylee
Un año después...

—¿Estás nerviosa? —pregunta Aiden mientras contemplo el estudio. Todo parece tan ordenado y limpio. Lo está porque es todo nuevo.

Nunca en mi vida he visto una barra de equilibrio tan impecable. Ahí está, esperando a que las chicas del pueblo se machaquen las rodillas y se den golpes en los codos al tropezar y caer.

—Un poco —digo mientras lo asimilo todo—. Pero emocionada.

—Es una pasada —dice mientras mira el letrero hecho a medida que cuelga sobre la pila de colchonetas—. *Gimnasia Greene Mountain*. —Eres increíble.

Sonrío mientras miro a mi alrededor. Creo que, en este caso, tengo que darle la razón.

No sabía nada sobre abrir mi propio negocio, pero lo he conseguido todo. Alquilé el local, monté el estudio, constituí mi empresa, compré todo el equipamiento, preparé el marketing y llené todas las clases.

Aiden estuvo ahí para apoyarme y animarme, pero todo esto lo he hecho yo sola.

Es hora de empezar un nuevo capítulo en mi vida.

Estoy tan contenta de que Aiden esté a mi lado mientras lo empiezo. Ha sido increíble.

Se suponía que solo me iba a quedar con él unos días mientras encontraba mi propio sitio para vivir en las Greene Mountains, pero al final nunca me fui. Sencillamente, no podíamos estar separados.

Ha sido un romance de cuento de hadas desde el primer día, cuando me salvó de una manada de lobos hambrientos.

Nunca he mirado atrás.

—Quizá deberíamos empezar a crear nuestro propio equipo de gimnasia —dice Aiden con ese tono ronco en su voz. Siento un hormigueo por todo el cuerpo, sabiendo lo que significa esa ronquera.

Su mano fuerte se desliza hasta mi cadera y mi cuerpo se apoya en el suyo mientras un gemido sensual se escapa de mis labios.

—En mis colchonetas nuevas no —digo con una sonrisa mientras me vuelvo en su abrazo.

Sus manos se deslizan hasta mi culo y me aprieta contra él. Dejo escapar un gritito al sentir su polla, ya dura como una piedra y lista para mí.

—¿Dónde, entonces? —pregunta con una sonrisa—. ¿En la barra de equilibrio?

—No eres tan ágil —le provoco—. Y no quiero romperme la cadera la noche antes de que el estudio abra.

—Más te vale elegir un sitio —dice mientras empieza a besarme el cuello. Gimo mientras mi cabeza se echa a un lado—. Porque me *muero* por ti.

—En el despacho de atrás —digo sin aliento—. En mi escritorio.

Eso debería estar bien. Ningún niño se acercará a él.

Gruñe mientras me coge en brazos y me lleva a la parte de atrás para devorarme. Enlazo mis piernas alrededor de su enorme cuerpo y le beso el cuello mientras avanzamos.

Mi cuerpo arde por él. Mi coño está que *echa fuego*.

Me lleva a mi flamante despacho, me baja sobre mi escritorio y mete la mano por debajo de mi falda.

—Oh, joder —gimo cuando siento su mano deslizarse dentro de mis bragas. Sus grandes nudillos rozan mi coño húmedo mientras me las aparta.

Ya estoy arañando su cinturón, intentando liberar su enorme polla. Finalmente la saco y lo guío hacia mí.

Se hunde profundamente, embistiendo mi anhelante coño con un solo y duro empujón de sus caderas.

La sensación es increíble.

Enlazo mis piernas a su alrededor —manteniendo su dura polla dentro de mí— mientras me aferro a él.

Adoro esta sensación de estar tan *llena*.

Tan completa. Tan amada.

Este hombre es asombroso.

Cuando abra las puertas mañana por la mañana, este lugar se llenará de gritos de emoción, pero ahora mismo, con las puertas cerradas, está lleno de gritos de pasión mientras mi enorme y corpulento hombre de la montaña me hace suya.

Me corro por toda su gran polla y luego me desplomo sobre mi escritorio, agotada. Su gran cuerpo se estremece mientras vacía su caliente carga dentro de mí. Es una visión sexi. Es jodidamente guapo.

Sus palabras resuenan en mi cabeza mientras lo observo recuperarse de su atronador orgasmo.

Quizá deberíamos empezar a crear nuestro propio equipo de gimnasia.

Últimamente ha estado hablando cada vez más de tener hijos, pero yo he estado tan centrada y estresada con la apertura del gimnasio que no le he estado tomando muy en serio.

Ahora que todo está listo, estoy empezando a escucharlo.

Tener hijos con este hombre sí que suena divertido.

Puede que tenga que tomarle la palabra pronto.

Intenta salirse de mí, pero enlazo mis piernas a su alrededor y lo retengo dentro un poco más. Sonríe cuando ve la expresión de mi cara.

Una mirada que dice: «Aún no hemos terminado».

Quizá le tome la palabra ahora mismo...

EPÍLOGO

Aiden
Tres años después...

—¿Qué queréis para comer? —pregunta Colin mientras se estira en la silla con los pies sobre el escritorio.

Estoy analizando un fascinante mapa antiguo del pueblo que la alcaldesa encontró en un polvoriento trastero del ayuntamiento. Me lo dio la semana pasada y desde entonces estoy obsesionado con él.

—Pizza —dice Julian mientras lanza una pelota de tenis al aire y Charlie lo observa desde el suelo.

—Comimos pizza hace tres días —refunfuña Colin—. Estoy pensando en que pillemos unas hamburguesas para llevar de McArthur's.

Repaso con la yema del dedo un río que atraviesa el mapa mientras escucho a medias a mis compañeros de Búsqueda y Rescate discutir sobre qué es mejor, la pizza o las hamburguesas.

Es un martes de finales de noviembre y ya no quedan turistas. Es la época tranquila del año por aquí, así que es tan probable que

alguien se pierda hoy como que estos dos se pongan de acuerdo sobre la comida.

—Las patatas fritas estarán blandurrias para cuando tu perezoso culo vuelva —dice Julian mientras lanza la pelota de tenis al aire una y otra vez—. La pizza está buena tanto fría como caliente.

—¿Tú qué opinas, Aiden? —me pregunta Colin—. Tú desharás el empate. ¿Pizza sosa e insípida o hamburguesas calientes y jugosas con patatas fritas crujientes?

—Patatas fritas *frías* —interrumpe Julian.

—Yo voto por los bocadillos de la Taberna Cliffside —digo, solo para picarlos aún más.

Eso los enciende y empieza una nueva ronda de discusiones y quejas.

Necesitamos algo de acción. Esta es siempre una época del año difícil, en la que los días se hacen eternos. Pero supongo que un día aburrido para nosotros es un buen día para los demás, así que no debería quejarme.

No estamos ni cerca de ponernos de acuerdo sobre qué comer cuando la puerta principal se abre y todos nos giramos para mirar.

Se me llena el corazón de felicidad cuando veo entrar a Kylee y a nuestro hijo de dos años, Ethan.

—¡Hola! —dice ella con una gran sonrisa.

La cara de Ethan se ilumina con una enorme sonrisa cuando me ve. Me arrodillo, abro los brazos y él carga contra mí, estrellándose contra mi pecho mientras me abraza con todas sus fuerzas.

Me acaba de alegrar el maldito día.

Lo cojo en mis brazos y lo llevo hasta mi preciosa esposa, que trae varias bolsas de papel a la oficina. La rodeo con mi brazo y la atraigo hacia mí para darle un suave beso en los labios.

Mmmmm. Dios, adoro a esta mujer.

Solo verla y olerla es suficiente para alegrarme el día. Sigo sin tener suficiente de mi Kylee.

—¿Eso es la comida? —pregunta Colin al ver las bolsas.

—¡Sí, lo es! —dice Kylee mientras las levanta en el aire con una gran sonrisa—. ¿Tienen hambre mis chicos? ¡He traído bocadillos de la Taberna Cliffside!

Colin y Julian refunfuñan mientras yo me río y vuelvo a besarla.

—¿No están buenos? —pregunta ella, y su sonrisa desaparece.

—Son perfectos —digo mientras cojo las bolsas y saboreo sus suaves labios una vez más. Dejo los bocadillos sobre la mesa con una sonrisa—. Comed, chacales.

Una vez que Colin y Julian sacan los bocadillos, se olvidan por completo de la pizza y las hamburguesas. Se lanzan a devorarlos sin queja alguna. La verdad es que estos bocadillos son los mejores.

Nos acomodo en la mesa del rincón, solo nosotros tres, para un ratito en familia. Colin saca a Charlie a pasear y Julian se dirige a la pastelería para visitar a su chica, Abby, y traernos postre, así que tenemos el local para nosotros solos.

Me siento tan feliz y agradecido mientras contemplo a mi maravillosa y pequeña familia. Ethan intenta meter su boquita en el enorme bocadillo, y Kylee y yo sonreímos al verlo fracasar estrepitosamente.

Los adoro a los dos. Tener a Kylee en mi vida ha sido una bendición. No sé qué haría sin ella.

Ella me mira y sonríe.

—Gracias —susurro.

—¿Por qué?

¿Cómo puedo decirle lo que significa para mí? ¿Cómo puedo explicarle lo agradecido que estoy de tenerla en mi vida? ¿Lo mucho que la quiero?

—Por todo.

Me coge la mano y sonríe con complicidad.

No tengo que explicárselo. Ella ya lo sabe.

Así son las almas gemelas. Simplemente lo sabemos.

—Te quiero —susurro.

El corazón me duele cuando me devuelve una cálida sonrisa. —Yo también te quiero.

—¡Y yo quiero este bocata! —dice Ethan mientras lo mira con corazones en los ojos.

Ambos estallamos en carcajadas, felices por otro momento inolvidable juntos.

EPÍLOGO

Kylee
Veinte años después...

—Vamos, Jackie —susurro con los dientes apretados mientras veo a mi hija pequeña volar por los aires.

Hasta ahora, está impecable. Lo está bordando.

—¡Sí! —grita Aiden cuando clava su doble carpado.

Me aprieta la mano con tanta fuerza mientras miramos que puede que acabe con algunos huesos de los dedos rotos para cuando termine su ejercicio. Pero ahora mismo ni siquiera puedo concentrarme en el dolor. Estoy totalmente centrada en ella.

Estamos en los Juegos Olímpicos de Berlín, viendo a nuestra hija competir por la medalla de oro en la final individual femenina de trampolín.

Estoy tan orgullosa de ella.

Después de tener tres chicos, por fin tuve una niña.

Y ha sido una estrella de la gimnasia desde que aprendió a andar.

Jackie siempre andaba por mi estudio y, a los seis años, era mejor que algunas de las niñas que le doblaban la edad.

Tenía un don natural.

Y no solo eso, sino que era aún más entregada y tenaz de lo que yo lo fui nunca. Quería ser una campeona y me pidió ayuda.

He estado entrenando con ella desde entonces y todo ha conducido a este momento.

Apenas puedo mirar, pero, al mismo tiempo, no puedo apartar los ojos de ella.

Completa su ejercicio impecable y el estadio entero estalla en vítores y cánticos de «¡USA! ¡USA! ¡USA!».

Aiden y yo nos ponemos de pie de un salto y vitoreamos con todas nuestras fuerzas mientras ella nos saluda con una gran sonrisa triunfante. Sus tres hermanos están a mi lado, gritando mientras ondean banderas de Estados Unidos.

Acaba de ganar una medalla de oro.

Lo sé. Es imposible que nadie supere ese ejercicio épico.

Sale de la pista, abraza a su entrenador y luego se sienta en el banquillo mientras llegan las puntuaciones.

Aiden y yo apenas podemos respirar mientras esperamos.

Ha sido la última en competir y la líder actual, de Canadá, tiene una alta puntuación de 56,480. Es una nota casi imbatible. La campeona de los últimos Juegos Olímpicos ganó el oro con un 56,041.

—Lo tiene hecho —dice Ethan mientras me pone una mano en el hombro—. No te preocupes, mamá. La has entrenado bien.

Le dedico a mi hijo mayor una sonrisa cariñosa y luego vuelvo a mirar a Jackie con un nudo en el estómago.

—56,671 —anuncia el locutor por los altavoces. Rugimos de felicidad, saltando, abrazándonos y llorando mientras todos los

estadounidenses del lugar se vuelven locos.

—Lo ha conseguido —digo, sin podérmelo creer, mientras Aiden y yo nos aferramos el uno al otro—. Lo ha conseguido de verdad.

Él se aparta y me mira a los ojos con una cálida sonrisa en el rostro. —Lo habéis conseguido las dos —dice con los ojos llorosos—. Te mereces una medalla de oro por ser una madre increíble.

Las lágrimas me inundan los ojos mientras hundo la cara en su gran y cálido pecho, dejando que me rodee con sus brazos musculosos.

Amo a este hombre.

No sé qué he hecho para merecerlo ni cómo he tenido tanta suerte de encontrarlo, pero me alegro muchísimo de haberlo hecho.

Siento que he ganado una medalla de oro en la vida con él a mi lado.

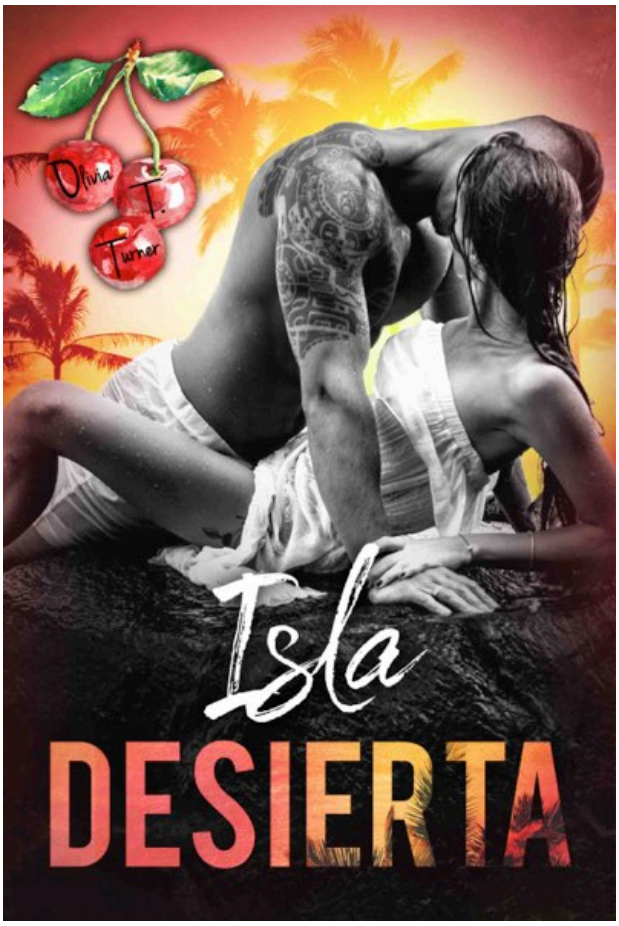
El fin.

¡Más de esta serie disponible pronto!

Descubre los libros de Olivia T. Turner
https://www.oliviatturner.com/espanol.html

***

Ve directamente a Amazon.es.
https://www.amazon.es/stores/Olivia-T.-Turner/author/B06XYXNTHJ



Isla Desierta
Amantes Náufragos
Libro 1
Olivia Turner

Obtén el libro aquí

Llevo ocho años varado en esta isla desierta.
Ocho largos años comiendo la misma comida, paseando por la misma playa, mirando los mismos árboles todo el día.
Ha sido un soberano aburrimiento.
Pero todo cambia cuando una preciosa joven llega a mi orilla.
Su avión se estrelló en el océano.

Ahora está varada en la isla.
Esta es mi isla y eso significa que me pertenece.
No volveré a aburrirme nunca más.
No con esas deliciosas curvas y ese bonito rostro.
Esta isla desierta se acaba de volver mucho más interesante.
Con ella aquí, se acaba de convertir en un paraíso.

Bridget está a punto de descubrir el verdadero significado del paraíso cuando llega a una isla desierta, hogar de un enorme y gruñón macho alfa que le echa un vistazo y la reclama como suya. Una pequeña y divertida escapada, con doble virginidad. ¡A disfrutar!

Obtén el libro aquí



El modelo Magnum
Olivia Turner

Obtén el libro aquí

Me contrataron para pintar un retrato de desnudo, pero mi jefa tiene gustos *específicos*.
Quiere un cierto tipo de modelo.
Un modelo magnum, si entiendes a lo que me refiero.
Cuando Cole Hunt entra en mi estudio y deja caer su bata...
Me doy cuenta de que voy a necesitar un lienzo más grande.
Y más pintura.

Con esos ojos oscuros y posesivos mirándome durante las próximas semanas,
voy a necesitar toda la profesionalidad que pueda reunir.
Porque mi modelo magnum parece tener algo más en mente que simplemente quedarse ahí parado educadamente...

¿Cuántas pinceladas se necesitarán para esta obra de arte? Mila tendrá las manos llenas con este alfa posesivo y bien dotado. ¡Basta una mirada para que este alfa exagerado se obsesione!
Amor instantáneo en su máxima expresión en una lectura sin infidelidades y con un final feliz superdulce garantizado. Doble virginidad. ¡Disfrútalo!

Obtén el libro aquí